

LA VENUS DORADA

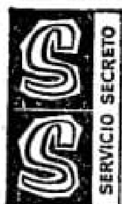
a. rolcest

LA VENUS DORADA

A. ROLCEST

LA VENUS DORADA

1.ª EDICIÓN
FEBRERO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 27752 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© A. ROLCEST - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5463/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
755. — La prueba del fuego.

En Colección BUFALO:
472. — Tromba en la ciudad.

En Colección SERVICIO SECRETO:
643. — Luz verde en el Mekong.

En Colección TEXAS:
351. — Póker.

En Colección CALIFORNIA:
335. — La rebelión del tahúr.

En Colección COLORADO:
271. — En la línea de tiro.

En Colección KANSAS:
242. — Rebelión en las cumbres.

En Colección ASES DEL OESTE:
195. — Los pasos del diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
101. — Caballo desbocado.

La Venus Dorada

por A. ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

A los seis días de estar en Roma, todavía no había establecido contacto con el inspector Nover, su jefe inmediato, en su nueva misión en Europa.

Que la misión era en Europa fue lo que le dieron a entender en Washington, apenas llegó al Departamento, procedente de Thailandia.

A Will Rosner esto lo alegró. En primer lugar, porque ahora tendría la oportunidad de encontrarse con un viejo camarada y gran amigo, el agente Hanley, quién fue su inseparable pareja en difíciles acciones es el Extremo Oriente.

En segundo lugar, porque Will ya estaba harto de tipos exóticos y de jungla. Por fin iba a entendérselas con gente que tenía un corte de ojos, unos pómulos y unas reacciones semejantes a las de él.

Demasiado sabia Will que el meter a los occidentales en un mismo saco de pómulos, ojos y reacciones era pensar dando saltos de cabra. Pero se hacía esa ilusión, cuando volaba hacia Europa, contando con que iba a entendérselas con gente de la misma camada.

En Roma estaba seis días, en un hotel de lujo. «Usted inscríbase en ese hotel y espere». Esto le dijeron en el Departamento.

El Departamento Federal de Narcóticos tenía una oficina en Roma. Lo primero que le ordenaron en Washington era que se olvidara de que existía esa prolongación del Departamento.

Y Will cumplió, hasta el extremo de que al sexto día se creía un

verdadero turista.

De pronto todo cambió. La séptima madrugada que iba a pasar en Roma, al entrar en la habitación del hotel la encontró ocupada por varias maletas que no le pertenecían.

Sobre la almohada vio una nota:

«DUERMA. Y ESPERE DURANTE TODA LA MAÑANA EN SU HABITACION».

La primera orden que recibía del superior en Roma era que durmiera, cosa que estaba necesitando.

Se había tomado en serio su papel de turista y los dos últimos días los exprimió, en verdaderas correrías.

A media mañana del séptimo día, llamaron en la puerta cuando Will acababa de desayunar.

—Adelante.

Era el inspector Nover, un hombre de unos cuarenta años. Su manera de expresarse daba enseguida la sensación de energía y tenacidad. La palabra más blanda e intrascendente, pronunciada por sus labios, se revestía de dureza.

—¡Muy bien, Rosner! Se ha cansado usted de Roma en el momento preciso —dijo, después de saludarse.

—¿Cómo sabe que me he cansado?

—Ya se acordaba que existían locales nocturnos. Los museos y ruinas ya no bastaban —se acercó a un balcón, que daba a una céntrica calle, y de espaldas a Will, preguntó—: ¿Le apetecen los dátiles?

—¿Por qué? —preguntó Will, riendo.

El inspector se volvió.

—No es broma. La fruta ha llegado a su punto y se le presenta una oportunidad para comer los más dulces que se producen en el mundo. ¿Se siente usted con ánimo para un viajecito por la arena?

Dejó una pausa, yendo hacia donde había una maleta sobre una silla. Pesaba muy poco. La cogió y la trasladé al centro de la habitación, colocándola sobre una mesita.

—Antes que nada he de revelarle que esta misión se la va usted a deber a un amigo: a Hanley.

—¿Dónde está?

—Aguardándole...

—¿Dónde?

Por toda respuesta, el inspector abrió la maleta y sacó varias tablas, que fue empalmando en el suelo. Era un mapa en relieve que abarcaba desde la costa del Mediterráneo, en la zona de Libia y Egipto, hasta mucho más allá del límite sur del Sáhara.

De este a oeste, se veían varios clavos, formando una especie de bolsa

que comprendía una gran extensión del desierto.

—¿Por qué fue el secarlo a usted del Extremo Oriente? —preguntó el inspector, al tiempo que se sentaba en el suelo, invitándole con el gesto a que hiciera lo mismo.

—Pues hasta hace un rato yo pensaba que porque ya me estaba «gastando» en aquella zona.

—Hay motivos para que se tomara la precaución de apartarlo de un escenario donde tanto ha actuado, pero por desgracia no se dispone de agentes con su experiencia, Rosner. Ha hecho usted cosas muy buenas por aquellas latitudes. Lo sé por los informes que llegaron al Departamento, pero especialmente por los que me dio de viva voz su amigo y compañero Hanley. Él ha actuado aquí en Italia con bastante fortuna. Luego, en Francia. Pero allí ya no le fue tan bien… ¿Se enteró que estuvo a punto de ser descuartizado en el barrio corso de Marsella?

Will se impresionó. Y temió que el inspector le estuviera ocultando una lamentable noticia.

—No se inquiete —continuó el inspector—: Su amigo tiene siete vidas. Con cinco puñaladas en el cuerpo, estuvo toda una noche deslizándose por los tejados, se refugió es una buhardilla y durante varias semanas nada supimos de él: ni nosotros ni los *gangsters.* Hasta que por fin apareció por nuestro Departamento de Roma para proponernos esta misión en la arena. Entonces fue cuando reclamó a usted.

Ambos encendieron un cigarrillo. La cerilla la sostenía al inspector. Una vez hubieron encendido los dos, la apagó, pero siguió teniéndola entre los dedos.

Miraba el mapa, abstraído. Iba a continuar, cuando la cabeza de la cerilla se desprendió, rodando por el mapa. Las depresiones la empujaron a las partes más hondas.

Lo que figuraban serrijones y dunas canalizaron la cabeza da fósforo, y fue resbalando. Hubo dos momentos que se detuvo. Pero de repente volvía a rodar.

—¿Es usted supersticioso? —preguntó el inspector.

Will se encogió de hombros.

—No me atrevo a negar que lo soy.

—Hace bien. En toda ocasión sacrifico un tanto por ciento al azar y a un embrollo de fuerzas que no están supeditadas a la voluntad del hombre. Fíjese en esa cabeza de fósforo. Ha quedado precisamente en la zona que tenemos en observación. Me ha ahorrado que tenga que extender mi mano para señalarle el punto adonde debe usted dirigirse.

Era uno de los sectores más áridos, si lo que representaba el mapa correspondía a la realidad.

—Ese ahorro de extender el brazo —replicó Will— le ha costado tener que soplar.

El inspector se echó a reír.

—¿Lo ha notado?

Por dos veces sopló, las dos veces que la cabeza de fósforo se detuvo.

—Bien, no importa. A la casualidad también se la puede ayudar.

Se puso de pie y fue a situarse de nuevo ante el balcón.

—Tiene todo el día de tiempo para estudiar ese mapa. Interesa que capte las depresiones que señalan los clavos. Cuando salga de este hotel será para ir al aeródromo donde le aguardará un aparato militar que figura en vuelo de rutina. Harán escala en algunos aeródromos del norte de África. Y usted será a bordo un tripulante más… hasta que llegue el momento de dejarse caer sobre ese punto de la arena.

Will se cruzó de brazos y se quedó mirando la cabeza de la cerilla.

—¿Yo solo?

—No… Aparte de que abajo lo estarán aguardando. No quiero ocultarle que en esta misión existe el riesgo, más que en ninguna otra, de que el enemigo se dé cuenta de la maniobra, y borre huellas. El agente Hanley ha estado viviendo con un grupo tuareg y ha podido del envolverse son cierta libertad. Él tiene la convicción de que merodea una zona donde existe un importante depósito de opto en crudo. Incluso piensa que hay un laboratorio…

—¿En el desierto?

Pero fue una pregunta maquinal. Él tenía demasiados motivos para no extrañarse de encontrar laboratorios que convertían el opio en morfina, o este en heroína, en los puntos más inesperados.

No requería utensilios demasiado complicados. Con gas, electricidad o butano…

—Los laboratorios clandestinos crecieron últimamente en Europa —siguió el inspector—. Pero hemos asestado duros golpes. Cada uno supone una gran pérdida de draga, más el desbarajusté que se produce en los «gangs»… Nuestros enemigos, como usted sabe muy bien, disponen de todas las ventajas: las que ofrece la técnica… y la de poder esperar escondidos cuanto les convenga. Según el agente Hanley, el «gang» que persigue debe poseer en el sótano de cualquier casa en un poblado del desierto, bidones de butano, que lleva según las necesidades al lugar desértico, donde con toda tranquilidad pueden manipular al laboratorio.

Volvió a sentarse en el suelo. Observó que Will permanecía con las piernas cruzadas y comentó:

—Se está poniendo a tono…

Will no le oyó, abstraído mirando el mapa.

—Desde anteayer, todas las noches Hanley permanece ahí esperando a usted y a los que le han de acompañar.

Y señaló lo que representaba un oasis.

—¿Están ya elegidos los que han de venir conmigo?

—Sí. Luego le hablaré de ellos... Pero es seguro que usted no conoce a ninguno. Ellos a usted, sí, por referencias. Goza de inmejorable prestigio para hacerse cargo del grupo.

* * *

Tenían que llegar al sitio antes de que amaneciera. Tres fogatas en un profundo cráter de arena sería la señal.

Teniendo en cuenta que algunos «gangs» estaban también equipados como la policía, se recurría a un sistema primitivo: las hogueras.

El agente Hanley disponía de emisora y de un código cifrado para transmitir información. A bordo de la aeronave llevaban un equipo de repuesto. Pero todo eso debía permanecer callado, hasta que se estableciese contacta personalmente.

En el interior de la aeronave, los seis agentes que tenían que seguir a Will se encontraban sentados en los sillines. Llevaban el buzo cruzado por las anchas cintas del paracaídas, la doble joroba del guerrero o deportista moderno. El paracaídas principal, a la espalda; delante, el de socorro.

Se lanzarían a menos de trescientos metros.

Lo que quedaba libre en el compartimiento de la aeronave estaba ocupado por los paquetes de víveres, las radios portátiles y el armamento.

Will se encontraba en la cabina, cerca de los pilotos. Sobre las rodillas tenía un mapa y ayudándose con una linterna automática lo estudiaba y hacía un croquis sobre un bloc.

El potente vibrar de los motores parecía meter un torrente dentro de la aeronave. Las conversaciones entre los parachutistas habían ido languideciendo. Cada vez eran menos los cigarrillos que permanecían encendidos. Algunos hombres empezaron a cabecear, dormidos.

De pronto, Will plegó el mapa, se lo guardó y se puso de pie.

—¡Todos preparados! —dijo, entrando en el compartimiento de parachutistas.

La reacción de todos fue arrimar la cabeza a las ventanillas. La aeronave volaba ahora trazando un círculo, cada vez más estrecho, y al mismo tiempo perdiendo altura.

—¡Allí! ¡Allí! —indicaron varias voces, casi al mismo tiempo.

Allá hondo, en un abismo negro, distinguíanse apenas tres puntitos luminosos, como la brasa de tres cigarrillos.

Los seis parachutistas se habían puesto en pie. Revisaron rápidamente el equipo y engancharon la cuerda del paracaídas a la barra horizontal.

Unos segundos de tensión, ese extraño silencio que precede a la acción decisiva, recorrió la nave, de proa a popa, como un viento agorero que hubiese entrado por la puerta de lanzamiento, recién abierta.

Los imperceptibles puntitos luminosos en el abismo negro, cada vez se distinguían más claros y más grandes. La aeronave seguía descendiendo,

en espiral.

Will, a un palmo de la puerta abierta, miraba al cuadro de mandos. Una luz encarnada comenzó a parpadear.

Will se volvió, miró a sus compañeros y sonrió. Al mismo tiempo levantaba el pulgar de la mano derecha.

Enseguida desapareció. Detrás fueron saliendo los otros.

En unos segundos, los siete hombres y los paquetes fueron engullidos por el negro abismo. En el suelo del compartimiento quedaron trozos de cigarrillo, papeles y una sensación de casa abandonada.

Los dos tripulantes que habían lanzado los paquetes estuvieron unos instantes mirando abajo. El cráter de arena en cuyo fondo brillaban las tres hogueras, comenzó a llenarse de rosas blancas, que inmediatamente quedaban mustias, al perder la hinchazón y tersura del aire.

Todos los paquetes, al posarse en el suelo, mostraban una débil luz, que brillaría durante unos minutos.

Todo, hombres y cosas, habían caído en un área muy reducida, despejada de dunas. En torno a las hogueras fueron concentrándose los hombres y los paquetes.

Cada hoguera tenía a unos cuantos metros un hoyo que servía de depósito de leña. Al amanecer los hoyos eran cubiertos y los restos del fuego extirpados.

Al resplandor de las llamas veíase al pie de una vertiente a varios tuareg, con su indumentaria a pliegues y el «litham», el velo azul con que se cubrían la cabeza y el rostro.

Apenas Will posó los pies en el suelo y se desprendió del paracaídas, se quedó mirando al grupo tuareg. Esperaba que alguno de ellos destacaría, yendo a su encuentro.

Pero ninguno se movió.

—¡Hanley! —llamó.

Por sitio distinto al que ocupaba el grupo de indígenas, surgió un tuareg. Cuando estuvo a dos pasos de Will, dijo:

—Hanley… no ha podido venir.

Pronunciaba en un inglés de acento galo. Pero este no fue lo que le llamó la atención, sino que la voz que acababa de oír era suave, muy fina, como si fuera a quebrarse.

Will se acercó al extraño personaje.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es usted?

Al claror de las llamas vio el brillo de unos ojos oscuros, grandes y hermosos. A través del «litham» pasó la aterciopelada voz al responder:

—Me llamo Denise… He estado ayudando a su amigo Hanley.

Encontrarse con una mujer en pleno desierto era lo que menos esperaba.

—¿Pertenece a algún departamento de policía?

—Estoy en funciones de agente… Pero creo que sería más oportuno recoger todo y marcharnos de aquí —dijo la mujer.

—Desde luego.

La primera reacción al saber que allí había una mujer, fue de desagrado. Y ni siquiera intentó disimularte.

Por su parte, la mujer de acento francés tampoco pareció tener mucha prisa por romper aquella frialdad. Una vez efectuada la presentación, se puso en segundo término.

Los agentes, con la ayuda de los tuareg, iban cargando el equipo sobre los camellos que aguardaban al amparo de una elevada duna.

Si Will le hacía alguna pregunta, contestaba escuetamente. Pero mientras no le dijeran nada, permanecía con los brazos cruzados, junto a una hoguera, envuelta la cabeza por el velo. Sus grandes ojos oscuros era lo único que parecía tener vida, siguiendo el ir y venir de los que le rodeaban.

Cuando ya todo estuvo dispuesto, las hogueras extinguidas, tapados los depósitos de leña, Will se le acercó.

—Y bien: ¿A dónde vamos?

—Al oasis de Tahott.

Los verdaderos tuareg se dividieron en dos grupos. Cuatro se colocaron en cabeza. Los otros, al final.

Cuando la luz del día comenzó a asomar sobre el cráter, Will y sus compañeros ya se hallaban convertidos en tuareg. Nada que recordase su condición occidental quedó a la vista.

Emprendieron la marcha. La tersa piel del desierto comenzó a rizarse por el cosquilleo que producían los pies de los camellos, yendo en fila de a uno.

A continuación de los cuatro indígenas se situó Denise. Luego, Will y los compañeros.

Llevaban ya varios minutos de marcha. El balanceo de las «naves del desierto» produjo en los primeros momentos gran jolgorio en los agentes. Fue entonces cuando Denise se dio cuenta de que había de tres nacionalidades. Aparte de Will, estaban otros dos yanquis; dos franceses y dos italianos.

Demasiadas eran las cosas que Will deseaba saber para poder contenerse hasta el final del viaje. De buena gana hubiera hecho que su montura se adelantase hasta emparejarla con la de la mujer.

Pero cada camello iba unido al otro por medio de una fina cuerda entre el hocico de uno y el rabo del que lo precedía.

Tuvo que levantar la voz para que Denise le oyera. Ella se volvió.

—¿Diga? —preguntó en inglés.

Will dominaba el francés, cosa que a ella no le ocurría lo mismo con el inglés. Y en francés le habló.

—¿Cuál es el motivo de que el agente Hanley no haya venido?

—Le ha sido imposible…

—¿Quién demonios la trajo a usted al desierto?

Denise levantó un brazo y señaló el espacio.

—Nos derribaron.

—¿Quién?

—Suponemos que elementos del «gang» que perseguimos.

—¿Volaba usted con la misión de localizar lo mismo que nosotros?

Denise asintió con movimientos de cabeza. Hubo una prolongada pausa.

Will se puso a observar la silueta del jinete que tenía delante. Los pliegues de su holgada vestidura se ajustaban graciosamente a su cuerpo. ¿Qué clase de mujer era? ¿Joven? ¿Bonita?

Desde luego, joven, a juzgar por su elasticidad, por la gallardía de su figura, y por el tono de su voz.

—Buen muchacho Hanley, ¿no cree? —dijo Will, sin saber en realidad por qué lo preguntaba.

Denise asintió con movimientos de cabeza.

—¿Por qué ha sido imposible que viniera a esperarnos? —inquirió Will.

Ella no pareció oírle. Tras un, silencio, el yanqui hizo otra pregunta.

—¿Nos espera en el oasis?

—No. Allí nos aguarda el inspector Moynat.

El salto que dio Will estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio y derribarle de la elevada montura.

—¿Es que está aquí el inspector Moynat?

Era un inspector de la Interpol, francés, a quién Will había tratado en Extremo Oriente.

—Me sorprende que usted lo ignore. Esta misión la llevan Hanley y el inspector Moynat desde el principio… El inspector se encuentra herido. Por eso no ha venido a esperarles.

—¿Y Hanley?

Otra vez Denise pareció no haber oído. Pero ahora el receló de Will fue demasiado apremiante para contenerse en formular la pregunta concreta.

—¡Oiga, teniente! ¿Qué es lo que ha pasado?

—El agente Hanley… ha muerto.

El sol bruñía fuertemente la lámina de arena y feroces refracciones acuchillaban las retinas de los jinetes. Pero no fue entonces la cegadora luz la que hizo que Will cerrara los ojos.

El agente que cabalgaba a continuación de Will había estado siguiendo el diálogo. Al oír lo referente a Hanley soltó una exclamación y pasó la noticia al jinete Inmediato.

La noticia fue saltando de una cabalgadura a otra, hacha un banderín con cintajos de luto. «¡Hanley ha muerto! ¡Hanley ha muerto!».

La pequeña caravana se convirtió en algo tan callado, que diríase que lo que sobre la arena se estaba deslizando era la sombra de una caravana muerta.

Cada agente, oculto el rostro bajo el «litham», expresaba calladamente toda una serie de reacciones. Tan pronto era el abatimiento, como un acceso de cólera apretando las mandíbulas que les hacía centellear los ojos.

Parecía que la muerte, sobre aquel yunque de arena, bajo la lumbre de un sol inexorable, tuviese un valor nuevo para todos ellos.

¿Morir? Cada agente, cuando emprendía una misión como la de ahora, al revisar las cosas que llevaba en los bolsillos dejaba un espacio fijo para la muerte. Era un juego en el que rara vez no pintaban las cartas negras.

Todos habían visto el riesgo muy de cerca. Los seis que acompañaban a Will habían sentido el roce de las balas, o habían visto el brillo de algún cuchillo, en suburbios o en puntos céntricos de gran ciudad.

Ahora ese peligro no se presentaba así. Ahora se estaban introduciendo en una colosal campana de fuego. Resbalaban sobre un suelo movedizo, en un andar sin ruido de pisadas. Se perdían en la llanura inmensa, desolada, sin la alegría de la vegetación, sin el cordial saludo de la hoja que tiembla al paso de uno…

Arena delante. Arena detrás. Arena a los lados. Era un oleaje inmóvil, un océano petrificado por una maldición, en el que solo permanecían vivas sus torturantes reverberaciones.

Un rato más tarde, la caravana continuaba en su marcha callada, pero la actitud de los agentes ya era otra. Reposados, fríos, con los ojos secos, oteaban el horizonte. Aunque de pronto lo viesen estallar, ninguno se hubiera inmutado.

Habían entrado en situación. Sabían que la muerte les había llevado a un terreno difícil. Pero ya buscarían la forma de que la ventaja se volcase a favor da ellos…

CAPÍTULO II

Las palmeras de un lado y otro tendían sus ramas hasta enlazarse, formando una tupida techumbre sobre el manantial.

Entre el grupo de árboles y un elevado muro de arena, estaban las viviendas de los indígenas. En el otro extremo del oasis, bajo las últimas palmeras levantábanse dos tiendas de campaña.

Allí estaba el inspector Moynat, con la pierna izquierda vendada.

La llegada de los agentes hizo que el inspector se animara.

—¡Nos volvemos a encontrar, Will! ¿Dónde nos vimos la última vez, a ver si lo recuerda?

—En Singapur —contestó el yanqui, sin vacilar.

—¡Exacto! —Y mirando a los otros—. ¡Bienvenidos!

Minutos más tarde, el oasis de Tahott se llenaba de actividad. Se descargaron los paquetes, se montó la guardia y dentro de la tienda donde se encontraba el herido, sobre una alfombra de palma, se sentaron los agentes que Will designó para que escucharan a Moynat.

Todos los occidentales se habían quitado el «litham».

Bajo el techo de palmeras y de lona, desprovistos de la sofocante toca, la cabeza de los agentes sentía la misma vitalidad que había acometido al inspector Moynat tan pronto los vio.

—Han venido ustedes a tiempo —dijo el herido—. Mañana tal vez hubiera sido tarde.

—¿Se conoce el emplazamiento exacto del objetivo? —preguntó Will.

—Hemos de creer que sí... Mire esto.

El herido sacó de debajo de una manta una carpeta. De ella extrajo un papel arrugado, la mitad oscurecido por una mancha de sangre.

—Este croquis representa la vida de su compatriota Hanley—. ¡Gran muchacho! —exclamó Moynat, muy afectado.

Se hizo un profundo silencio, que duró unos segundos.

—Desde el lugar donde nos encontramos, varios kilómetros al nordeste, se levanta un pequeño macizo. A su alrededor hay una ancha franja de guijarros y plantas espinosas —dijo Moynat, súbitamente sereno—. Luego, kilómetros y kilómetros de arena. El aparato en que volábamos Denise y yo se incendió cuando pasábamos por esa zona... Ya teníamos noticias de que otro avión se perdió por esa misma área, del cual no se encontraron los restos... Nosotros tuvimos la suerte de que un grupo de tuareg pasó cerca, cuando ya estábamos agotados.

—¿Se lanzaron en paracaídas?

—Sí —contestó el inspector.

—¿Y el piloto?

El inspector señaló afuera.

—Era Denise.

—¿Cuándo vino Hanley?

—Dos semanas después, apenas se le dio de alta... Ya sabrá que fue herido en Marsella.

Will asintió con un movimiento de cabeza.

—Tenemos algo lejos un campamento de occidentales que buscan petróleo. Están ya más de un año en esa tarea. Todas las averiguaciones que hemos hecho nos han confirmado que esa prospección está autorizada. El capital pertenece a tres países, entre los que se encuentra el suyo. Sí, la aportación financiera más importante procede de un grupo de hombres de negocios norteamericanos. Esto, en cierto modo, nos ha creado algunas dificultades...

—¿Por qué?

—¿Por qué? Soy francés —dijo Moynat, sonriendo.

—Usted pertenece a un organismo internacional.

—Por favor: soy francés. Y si no le parece bien así, soy europeo. A la hora de dialogar con Wisner, el director del campamento, el énfasis de un yanqui hace imposible el entendimiento... ¡Yo, por lo menos, no me he entendido con ese hombre! —concluyó, irritado.

—¿Qué pretendía usted de él?

—Que colaborara con nosotros. Que me dejara investigar entre sus empleados... Pero eso resultaba una intromisión que él, como ciudadano americano, no podía tolerar. Entonces esperé que llegara Hanley.

—¿Se entendieron?

—Parece que sí... Pero anteayer fue muerto.

—¿Por quién?

—Hanley y unos cuantos tuareg, anteayer consiguieron acercarse al macizo. Queda muy lejos del campamento. Mucho más que de este oasis... De todo el grupo, solo regresaron dos vivos. En el macizo los esperaban con fuego de metralleta, según nos informó un indígena. En el pecho de Hanley encontramos este croquis.

Después de otro silencio, manifestó:

—Suponemos que en el macizo hay algo de lo que buscamos... De no ser así —el tono del inspector Moynat se hizo sombrío—, nunca me podría perdonar haber sacrificado a ese gran muchacho que era Hanley. Porque fui yo quien le metió en la idea de que el depósito que perseguíamos se encontraba en esta parte del desierto.

—¿Tenía motivos para pensar así?

El inspector permaneció unos momentos pensativo.

—El punto de arranque fue bastante vago... En Marsella, apenas exterminamos a un grupo de traficantes, me quedé como quien ha asestado

un golpe al aire. Lo importante siempre se nos escapaba… Fue precisamente ese día cuando apareció ese punto de arranque. Fueron unas palabras sueltas de un individuo, un tunecino, contrabandista y pendenciero. Lo teníamos detenido cuando le oí esto, mucho tiempo antes de que apresáramos al grupo. Al interrogar a uno de los detenidos, acerca del tunecino, me contestó que dos días antes había sido sometido al «silencio»… Entonces recordé esas palabras sueltas oídas semanas antes, a las que no concedí importancia. El individuo dijo que trabajó en el desierto, acarreando materiales de construcción…

—¿Dio alguna indicación del sitio?

—No. Pero al pensar en esto, interrogué a una de las mujeres con quien el tunecino tuvo mucha relación. La mujer se asustó y confesó que su amigo pasó largas temporadas trabajando en el desierto. Ignoraba el sitio exacto, pero por los dispersos detalles que nos proporcionó, localizamos esta zona… Por otro lado, Hanley y yo habíamos llegado a la conclusión de que había un gran depósito más cerca de nuestro continente de lo que siempre habíamos supuesto. Todas las envolturas de la droga apresada en distintas ciudades de Europa tenían la marca que ya constituía nuestra pesadilla…

—¿Cuál?

—Dos corzas separadas por una X.

—Esa marca nunca ha aparecido por Extremo Oriente.

—Tampoco por el Oriente Medio. Asoma en Europa y en América. Esas potentes organizaciones pueden permitirse el descaro de señalar zonas exclusivas. Durante mucho tiempo varias brigadillas se han triturado los sesos, tratando de localizar la procedencia. Chocaba que ningún alijo con esa marca apareciese fuera de Europa o de América. De cualquier otra marca se han cogido cargamentos en cualquier parte…

Pero el inspector se interrumpió, al advertir que Will miraba para otro sitio.

En la entrada de la tienda, el tuareg de la voz de cristal acababa de sentarse. Lo mismo que los otros occidentales, se había quitado la toca y mostraba una cabellera negrísima, cortada en melena.

Un óvalo bronceado, de nariz recta y labios finos. Sentada con las piernas cruzadas, desprovista de la ampulosa capa, su delicada figura se recortaba en el cuadro de la entrada, dando una nota de belleza y vitalidad a aquel antro, ya excesivamente sombrío.

Casi sin darse cuenta, todos los agentes se habían vuelto a mirarla y durante varios segundos permanecieron absortos.

Denise no se daba cuenta y quedó en actitud reconcentrada, con la vista baja, mientras una larga arruga cruzaba su frente.

—¡Ha entrado una mujer! —exclamó el inspector Moynat—. ¡Fíjese, Denise! ¡Nadie me atiende!

La joven levantó la mirada y al primer momento pareció atónita. Luego sus mejillas se pusieron encarnadas. Se le distendieron los labios, mostrando sus menudos dientes, en una risa que no llegó a oírse.

Will fue el primero en volver a concentrarse en lo que el inspector había referido.

—En estas circunstancias, mi opinión no tiene ningún valor. Carezco de información directa… Y voy a proporcionármela cuanto antes. ¿Usted tiene algún plan trazado?

—Ninguno. Puede usted tomar todas las iniciativas que considere oportunas.

—De momento, creo que lo esencial es apoderarnos del macizo. Una vez lo hayamos conseguido, tendremos una base para opinar si nuestra misión va por buen camino…

—Si en el macizo no encontrara nada relacionado en nuestro asunto, solamente yo tendría la culpa.

—No se amargue la vida, Inspector —contestó Will, sonriendo—. ¿Qué tal es la gente de aquí?

—Como todos los grupos del desierto —contestó el inspector—. Trafican, roban y son robados. Astutos, desconfiados y embusteros… ¿Le bastan esos datos?

—Me bastará con saber si son valientes.

—El concepto del valor, tal como nosotros lo entendemos, no se les puede aplicar a ellos. En ciertos momentos se dejarán despedazar antes que volver la espalda… y en otras ocasiones le dejarán abandonado, al primes síntoma de peligro… Si no le son necesarios, es preferible que solamente se lleve a los guías.

—Eso es lo que pretendía. Me bastará con los guías. Les dejaré a ustedes armas y a un par de agentes. ¿Le parece bien?

—No. Olvídese de que nosotros estamos aquí. Lo que importa es que ustedes consigan investigar ese macizo… ¿No opina usted lo mismo, Denise?

—Sí, inspector.

* * *

Apenas tuvieron tiempo de envolverse la cabeza con la faja, de unos tres metros de largo. La voz de alerta la había dado un verdadero tuareg. Luego, uno de los agentes que estaban de guardia.

—¡Se acercan dos «jeeps»!

—¡Deprisa! ¡Cúbranse! —ordenó Will—. ¿Serán del campamento?

Miraba al inspector Moynat. Este asintió.

—Quizá venga el mismo Wisner, a husmear —comentó—. Podrá conocerlo.

—Pero yo no le daré la oportunidad de que él me conozca a mí, al

menos por ahora.

Todos los paquetes estaban escondidos. Cuando Will procedía a envolverse con el «litham», reparó en que Denise había sido quien primero lo hizo.

—¿Es que no saben que aquí hay una mujer? —preguntó, mirando al inspector.

—Saben que me acompaña una compatriota, pero no han tenido la oportunidad de verle el rostro.

Los «jeeps» ya estaban entrando en el oasis. Apenas detenerse, del primer vehículo se apeó un hombre corpulento, de unos cuarenta y cinco años.

Se quitó el sombrero y se puso a abanicarse, mientras avanzaba hacia la tienda del inspector. Los tuareg se habían esparcido por los alrededores.

Era Wisner. Avanzaba mirando a un lado y otro. Sus ojos eran negros, y brillaban, como reflejando una profunda cólera.

En los «jeeps» iban cinco hombres más. A continuación de Wisner se había apeado un sujeto que tenía el aire de un guardaespaldas. Quedó solo el conductor.

Del segundo coche se apearon también los dos que se sentaban en la parte posterior. A todos se les advertía un arma en la sobaquera.

—¿Qué tal se va por aquí, inspector? —preguntó Wisner, desde la puerta de la tienda.

—¿A qué se debe su visita? —preguntó Moynat.

—Estaba de paso y he decidido acercarme.

No hacía más que mirar a un lado y otro de la tienda.

—¿Cómo va esa pierna? —preguntó, después de un silencio.

—Mejorando.

—Mal clima es el de aquí. Debió hacerme caso la primera vez que hablamos. Debió regresar enseguida a su país. Tenía usted entonces la oportunidad de utilizar uno de los helicópteros de mí Compañía.

—No es la falta de transporte lo que me retiene aquí, Wisner —contestó Moynat, con un matiz irónico—. Las cosas que empiezo me gusta verlas terminadas.

Se notaba en los que acompañaban a Wisner que esperaban hallar algo que debía estar inquietándolos, pues no hacían más que mirar a su alrededor, especialmente adonde estaban los tuareg.

Muy cerca de la tienda de Moynat se encontraban Will y uno de los agentes italianos. A ellos se acercaron los que bajaron del segundo coche.

—¿Y Hanley? —preguntó Wisner.

—Salió —contestó Moynat.

Desde fuera de la tienda, Will seguía toda la conversación. Y pudo ver el gesto de sorna que hacían los dos individuos que se habían acercado a ellos.

¿A dónde? —preguntó, en tono divertido—. No cree que aquí haya muchos sitios que ver.

—Le he dicho que salió. ¿No es bastante? —contestó Moynat, ya en tono irritado.

—¡Vamos, vamos! ¿No nos invita a sentarnos?

—Pensé que tenían prisa.

—Ninguna —contestó Wisner.

Quizá Will no se hubiera decidido a dar el paso que lo estaba tentando. Pero lo que acababa de decir Wisner, que podía esperar, y lo que hizo uno de los individuos que se acercaba con cara de sorna adonde estaban Will y el agente italiano, despejó todas las dudas.

Con el pie acababa de darle a una rodilla del italiano. Este y Will permanecían sentados en el suelo, con las piernas cruzadas. El italiano iba a soltar una maldición, seguramente en su lengua, pero apretó las mandíbulas y soltó un gruñido.

—¡Levántate, cerdo! —le espetó el que acababa de golpearle.

Pero quien se levantó fue Will. Y él dio la señal de lo que tenían que hacer los demás agentes, al asestarle un puñetazo en las mandíbulas. Se oyó un alarido, y el individuo fue retrocediendo de espaldas, hasta caer en el suelo.

Todos los agentes fueron rápidos. Tanto, que pese a que el grupo de Wisner tenía instrucciones de estar alerta para prevenir cualquier sorpresa, cuando fueron a echar mano de la pistola ya estaban encañonados, de frente y de espaldas, incluso de flanco.

—¡Quien se mueva le volaremos la cabeza! —advirtió Will, al tiempo que se colocaba frente a Wisner—. ¡Avise a su gente!

—¿Quién es usted? —preguntó Wisner, después de un silencio en que trató de reponerse de la sorpresa.

—¡Eso a usted no le importa! ¡Soy yo quien hace las preguntas...!

Todos los demás habían sido desarmados en unos segundos. Quedaba Wisner. Este miró al inspector Moynat.

—¿Qué significa esto?

—Hable con él —contestó el inspector—. Tiene su mismo acento. ¿No lo ha notado?

Todo el diálogo, desde que llegaron los «jeeps», se había desarrollado en inglés.

—¡Yo no hablo con un tipo que no da la cara!

El puño izquierdo de Will subió, alcanzando las mandíbulas de Wisner. Y como antes el otro individuo, retrocedió varios pasos, tambaleándose, pero no cayó.

Su mano derecha subió a la sobaquera. Llegó a empuñar el arma. Pero no se decidió a desenfundar.

—Estoy esperando —dijo Will.

Era el único agente que no empuñaba ningún arma.

Los verdaderos tuareg se hallaban junto a sus tiendas, en la otra parte del oasis.

Denise, al empezar la acción, se había precipitado al interior de la tienda, situándose junto al inspector.

—Saque el arma —ordenó Will—. Con dos dedos.

—¿Quiere dárselas de bravucón? —rezongó Wisner, escupiendo sangre.

—Tal vez. ¡Haga lo que le he dicho…!

—Está bien —Wisner sacó el revólver teniéndolo cogido con dos dedos y lo mostró.

—Suéltelo.

El arma cayó al suelo.

—¿Y ahora qué? ¿Van a matarnos? —preguntó, sardónico—. En el campamento saben que hemos salido hacia aquí…

—Ah. No importa. El desierto es mudo. Eso debía usted saberlo. Tan mudo como la jungla…

Por unos momentos, el rostro de Wisner acusó el miedo.



—Saque el arma con los dedos

—¡No se atreverán!

—No esté tan seguro. Pero hay algo más práctico que dejar carroña por ahí... Puesto que no tienen prisa, van a acompañarnos a una inspección.

—¡No iremos a ningún sitio!

Era lo que Will esperaba oír.

—Muy bien. Se quedarán aquí. Pero requisamos estos vehículos por unas horas. ¡Aten a toda esta gente! —concluyó Will.

Le volvió la espalda a Wisner y se metió en la tienda. El rostro del inspector estaba transfigurado, por el estupor y la alegría.

—¿De acuerdo? —preguntó Will, en francés.

—Completamente de acuerdo —contestó el inspector.

—Los «jeeps» nos permitirán llegar al macizo mucho más pronto. Pero no es eso lo que considero más importante, sino que, en el supuesto de que Wisner esté relacionado con este asunto, su visita obedece al deseo de asegurarse de que aquí todo está en plan inofensivo.

El inspector asentía con movimientos de cabeza. Los ojos de Denise tenían un brillo extraño. Cada vez que Will se encontraba con su mirada, ella inclinaba la cabeza.

—En todo esto existe un riesgo, Will...

—Ninguno. Utilizaremos los vehículos con todos los derechos. Wisner es americano y yo también. La misma Ley nos obliga a ambos a arrimar el hombro para una misma causa. Si se niega, demostrará que está de la otra parte. Y no creo que ese individuo sea tan estúpido. Se quedarán aquí dos agentes...

—Puesto que los guías no pueden acompañarle, porque se negarán a ir en un «jeep» —intervino Denise—, lo haré yo.

Will miró al inspector.

—Es mejor que vaya con ustedes —contestó Moynat.

Pensaba que alejándose del oasis correría menos peligro.

CAPÍTULO III

El macizo destacaba en la llanura pálida, como un cabo de vena sobre la piel. Los «jeeps» fueron acercándose, y al entrar en el área de guijarros, empezaron a dar saltos.

Tan pronto llegaron a un extremo del macizo, se detuvieron. Will echó pie a tierra, abrió un paquete y sacó una emisora. La hizo funcionar.

Mientras tanto, los tres agentes y Denise se situaban en un montículo desde el que podían ver la parte principal del macizo.

—En el oasis todo sigue en orden —comunicó Will, acudiendo adonde estaban los compañeros.

Indicó a la muchacha y a dos compañeros que regresaran a los «jeeps», mientras él y el agente italiano Mecarocci reptaban con toda precaución buscando el borde del montículo que más los aproximaba a la parte principal del macizo.

Cuando llegaron, cada uno asomó unos prismáticos. Durante un largo minuto los dos permanecieron en el más absoluto silencio, casi sin moverse.

—Tenemos una parte perfectamente clara —dijo Will.

—¿Ha localizado una especie de aspillera?

—Veo una grieta, a mí derecha...

—¿Dónde? —preguntó Will, sorprendido.

—Junto aquella mata de espinos.

—¡Vaya! ¡Tenemos otra! La que yo creo haber localizado está allí, donde asoma una punta de roca algo rojiza...

—¡Sí! ¡Ya la veo...!

Regresaron adonde estaban los «jeeps» y Will explicó lo que habían visto.

—Quizá todo el macizo esté minado —sugirió Will.

—¡Me tiene escamado ese macizo! —prorrumpió Scher, agente americano—. Seguramente hay gente dentro. ¿Por qué no nos han disparado?

—Les queda tiempo para hacerlo —contestó Will—. Además, tal vez confían en que nos vayamos, ante la proximidad de la noche. Y eso es lo que les daremos a entender. Monten en los «jeeps» y den un rodeo.

Explicó, rayando sobre un sitio donde había como tablero de arena, las maniobras que debían realizar.

—¿Y usted, mientras? —preguntó Denise.

—Intentaré acercarme a una de las aspilleras.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué no esperamos a que se haga de noche?

—Porque antes de que oscurezca ya habrá demasiados «jeeps» por aquí. He hablado con el inspector. Me comunica que Wisner ha dejado dicho en el campamento que si no está de vuelta a determinada hora, que salgan a buscarlo. Y será verdad…

Denise se había deslizado el velo por debajo de la barbilla. Pudieron ver que su rostro se ensombrecía. Varias veces dirigió duras miradas a Will.

—¿Qué le ocurre? —preguntó él.

—¡Retener a Wisner es acercar el fuego al oasis! ¡Y el inspector no podrá defenderse!… ¿No hubiera sido mejor dejar que se fueran con los «jeeps»? Apenas nos queda gasolina para volver al oasis.

Will, por momentos, se mostraba más tranquilo.

—A estas horas, si el inspector ha hecho caso de mis consejos, estará retirándose a la parte donde un grupo de rocas les ofrecen un formidable fortín. Los dos agentes recibieron instrucciones mías, antes de que saliéramos del oasis. Allí habrán trasladado todo el material ofensivo, que sin duda será superior al que traiga la gente de Wisner. No creo que estos acudan con cañones —concluyó, humorístico.

—¡No sería extraño! —replicó Denise—. ¡Aquí derribaron nuestro aparato!… ¡Aquí ametrallaron a Hanley y a los tuareg…!

—Es posible que dentro del macizo tengan un arsenal, pero no en el campamento. Allí tendrían que quedar a merced de cualquier inspección…

Se quedó mirando a poniente, donde el sol ya parecía mostrar desolladuras de final de jornada.

—Hagan lo que les he dicho —y desapareció por entre las rocas.

Los «jeeps» se pusieron en marcha. Evolucionaron, pasando frente a las aspilleras.

Media hora más tarde, ya era casi de noche. La rabia del sol se había apaciguado tan bruscamente, que con la desaparición del disco solar diríase que había desaparecido el soporte que aguantaba una bóveda de hielo, y esta se derrumbaba sobre el desierto.

Para los compañeros de Will, aquellos minutos de espera fueron los peores. Habían regresado con los vehículos, y cargando con todos los paquetes, se habían deslizado por una anfractuosa vertiente que los ocultaba a la parte principal del macizo.

Echados de bruces, podían ver un punto movedizo, que desde lo alto de la roca se deslizaba hacia donde había una aspillera.

—¿Hemos de esperar aquí? —preguntó Mecarocci.

—Él ha dicho que cuando oscurezca del todo, nos acerquemos, ocurra o no algo —contestó Denise.

—Es cierto. Eso ha dicho —confirmó Scher.

En el macizo nada alarmante se advertía. Tan absoluto era el silencio que reinaba en torno, que el más leve choque de una piedra con otra

sonaba con ruido de gran estallido.

Se habían dividido en dos grupos. Denise iba con Mecarocci.

De pronto, la montaña pareció escupir una cerilla. Un día de luz azul-verde, de sol sin calor, llenó toda aquella área.

Una luz de bengala empezó a balancearse en el espacio, chisporroteando burla a los gusanos que se arrastraban por las rocas.

Los agentes se habían aplastado a tierra, inmóviles, las cabezas defendidas por piedras.

Del vientre del macizo irrumpieron ráfagas de ametralladora. Los proyectiles silbaban en la zona donde estaban los agentes.

La luz de bengala languidecía y se extinguid. Durante unos segundos la oscuridad fue completa.

De pronto surgió otro cohete. Pero fue escupido por otra aspillera. Era lo que Will había estado aguardando.

Otra vez la cruda luz de bengala volvió a balancearse en lo alto, pero sin guiños de fiesta, volcando una sensación de tragedia, como si alumbrase un dramático trapecio en que el redoble de ametralladora sirviese de fondo.

Sobre cada aspillera dejó Will una carga explosiva. Al dejar la segunda carga, trepó a la cima del macizo y se echó de bruces.

Las dos troneras se encontraban en ese momento ensoberbecidas con el barboteo de las ametralladoras. De pronto, los lengüetazos de fuego parecieron empalmarse unos con otros. Las dos cargas habían estallado al mismo tiempo.

El macizo pareció que fuera a cambiar de postura, ante los dos fieros aguijonazos. Las bocas de las aspilleras tosían piedras aspersionando los montículos que tenían enfrente.

Dos grandes desgarrones quedaron incitando al asalto.

Pero Will no quiso que sus compañeros se arriesgaran. No estaba seguro que dentro no existiese la trampa más peligrosa.

Retrocedió adonde estaban ellos, deteniéndose de vez en cuando para hacer señales con una lámpara que procuraba disimular con la capa.

Llegó a ellos cuando Denise estaba hablando por la emisora.

—¡Espere! ¡Él está aquí! —anunció Denise.

Y pasó la emisora a Will, al tiempo que le comunicaba rápidamente:

—¡Ha ido gente del campamento y se han llevado a Wisner y a los otros! ¡Intentaron destruir las tiendas de los tuareg, pero han tomado miedo a las ráfagas de ametralladora…!

Will habló muy poco por la emisora. Dio instrucciones para que permanecieran donde estaban y que abrieran el receptor media hora más tarde.

Dio un tiempo demasiado breve. Will comunicó a sus compañeros que debían aguardarle donde se encontraban, mientras él intentaba entrar en el

macizo.

—¡Diablo, no! —protestó Scher—. ¡Debemos ayudarle...!

—Me están ayudando desde aquí fuera. Me llevaré una emisora y ya les diré qué tal van las cosas ahí dentro.

Durante un buen rato estuvieron manipulando en el aparato, sin lograr captar ninguna señal. Tampoco dentro del macizo se advertían indicios de lucha.

Mecarocci manejaba otra emisora-receptora. A su lado estaba Denise.

—¡Ahora! ¡Escriba!

Con la ayuda de una lámpara aplicada a un bloc, Denise fue escribiendo lo que Mecarocci le dictaba.

Estaba en clave.

—Ya han callado —dijo el italiano.

—Descifrar esto nos va a llevar mucho tiempo —dijo Denise.

—Lo supongo. De todas formas, lo único que cuenta ahora es lo que dentro del macizo ocurra. ¿Quién piensa usted que ha radiado esto?

—¿Alguien, que está ahí dentro?

—No. Se encuentra bastante lejos de aquí. Tal vez en el campamento de Wisner.

A los pocos minutos Mecarocci volvía a dictar. Denise le interrumpió.

—Es el mismo mensaje anterior. Esto tiene aire de llamada desesperada.

El italiano asintió, sin dejar de prestar atención al zumbido de los auriculares.

El que manejaba la otra emisora anunció:

—¡Nos está hablando Will! —dijo, ahogándose por la emoción—. ¡Está dentro del macizo!... ¡Hay varias galerías!... ¡Esperad...!

—... He visto ya cuatro cadáveres. No sé si aquí dentro queda alguien vivo. Por si acaso, que nadie se aventure a entrar. El sitio en que me encuentro es una cueva revestida de cemento... Hay muchos papeles por el suelo y abundante material de laboratorio...

Dejó de oírse la voz de Will.

A partir de este instante, los agentes permanecieron agobiados por los más sombríos presentimientos.

—¡Quizá nos necesite! —sugirió Denise.

—Pero ha dicho bien claro que no nos moviéramos da aquí —replicó Scher.

Siguió un prolongado silencio. De pronto, la muchacha exclamó:

—¡Todo estaba resultando demasiado fácil...!

—Es cierto —manifestó Mecarocci—. Ahí dentro debe da haber más de un cepo.

El agobiante silencio continuó...

* * *

También Will, al introducirse en el macizo, vio que el triunfo se presentaba demasiado fácil. Y sus recelos aumentaron.

Si se decidió a meterse por una de las galerías fue porque había captado señales de que alguien estaba dentro tratando de transmitir un mensaje, sin duda pidiendo socorro.

Tras varias tentativas, Will había encontrado una galería que conducía al centro del macizo. El zumbido del morse le orientaba.

Siguió avanzando hasta que las palpitaciones del aparato las oyó tan cercanas, que tuvo que detenerse. Ninguna luz se advertía a su alrededor.

Su mano izquierda acababa de tantear el marco de una puerta. Estaba abierta.

Algo instintivo le indujo a echarse en el suelo. En ese mismo instante se encendía la boca de una pistola ametralladora, rayando en la dirección en que había quedado Will.

Apenas oyó el silbido de los proyectiles, porque enseguida apretó el gatillo de su pistola. Los estallidos de su arma ahogaron los otros ruidos.

Se oyó un lacerante grito y el desplome de un cuerpo. Todo había quedado de pronto en silencio, interrumpido por unos breves estertores.

Apenas Will hubo contestado las ráfagas de la pistola, ametralladora, rodó, hasta quedar pegado contra un ángulo de la galería. Esperó unos minutos. Por fin encendió la lámpara.

En el suelo, llevando puestos los auriculares, había un individuo muerto. Sobre una caja se encontraba una pequeña emisora. El pulsador del morse estaba en el suelo.

Miró a la puerta de la cueva. Era de madera, revestida de plancha. La cerró, pasando un grueso pestillo.

En un extremo de la cueva vio instrumentos de laboratorio echados por el suelo, y varios papeles. En dos ángulos vio campanas de chimenea. Imaginó el boquete de cada chimenea, disimulado en lo alto del macizo por piedras y matas de espino, por dónde habrían salido fuertes humos acéticos.

Porque Will ya estaba seguro de la misión de aquel antro. El instrumental era inconfundible.

Era muy posible que en ningún departamento encontrara droga, porque los que dirigían aquella siniestra empresa habían tenido tiempo de ponerla a salvo. Pero el nido había quedado inservible, por la acción de la policía, y tan pronto llegase la noticia a la Interpol, aquella zona del desierto se haría imposible para el perverso tráfico.

En esto estaba pensando Will. Y el tener tan cerca la victoria le hacía recelar. Estaba acostumbrado a desconfiar de toda puerta abierta, cuando más allá del umbral debía esperarle una fuerza contraria.

Puso en funcionamiento su emisora y transmitió a los compañeros un somero informe de lo que había visto...

—... Por si acaso, que nadie se aventure a entrar...

Momentos después, su emisora enmudecía. Un fuerte estallido hizo saltar en pedazos la puerta. Will, aturdido, se replegó a un ángulo de la cueva y se agazapó, procurando recobrarse.

Varias ráfagas vinieron desde el corredor, batiendo toda la pared del fondo, y se oyó el ruido que produjo la emisora, al ser alcanzada.

Desde el sitio donde se encontraba Will no podía hacer nada contra el que lo atacaba. Intentó arrastrarse, para aproximarse a la puerta y tener así enfilada con su arma la galería, pero tenía a su alrededor demasiados obstáculos imposibles de salvar, como no se levantara.

Y levantarse suponía una muerte segura, porque de vez en cuando la metralleta asomaba y volcaba, rabiosa, chorros de proyectiles en todas direcciones.

Will los oía silbar, chascar contra las duras paredes, rebotar contra el techo y el suelo. Pero tras las cajas donde se había colocado, se encontraba bastante seguro.

Transcurrieron varios minutos y la situación no cambiaba. Will seguía inmóvil, mientras los latigazos de la metralleta asomaban a cada pocos segundos.

El único cambio era que ahora los disparos parecían hechos desde algo más lejos, como si el agresor se hubiese replegado al final de la galería, para tener dominada la puerta y la boca de otros corredores.

De pronto, los disparos volvieron a producirse muy cerca. Pero entonces ocurrió algo extraño: al mismo tiempo que funcionaba la metralleta, la luz de una lámpara enfocaba la pared del fondo de la cueva.

Primero pareció que el arma buscaba el sitio donde se encontraba Will. Pero pronto comprendió que el enemigo no le buscaba a él, tal vez porque ya lo consideraba fuera de combate. La lámpara enfocaba muy alto. De pronto la luz se detuvo en una tablilla que había sujeta en la pared. Y arreciaron los disparos.

Apenas Will se dio cuenta de que los disparos no le buscaban, empezó a incorporarse, con extrema cautela, temiendo a cada momento que algo crujiera bajo sus pies.

En el mismo momento en que la lámpara se apagó, Will dio un salto. Dos espadas de luz se cruzaron. La que llegaba de la puerta se quebró enseguida, extinguiéndose, seguida de un alarido.

Will se había vuelto a colocar en el sitio en que estuvo antes. Dejó que transcurrieran unos minutos. Como no advirtiera nada alarmante, se incorporó a medias y se puso a tantear por el suelo, por el lado donde suponía haber dejado la lámpara y la emisora portátil.

Los encontró. Encendió la lámpara y dirigió su luz hacia la galería. En

la puerta se encontraba el individuo recién muerto.

La lámpara retrocedió a la cueva y enfocó el punto de la pared que había atraído los disparos del individuo. La madera había saltado, rota.

Con sumo cuidado, Will se puso a recoger los trozos de una tablilla por la cual acababa de morir un hombre…

⋆ ⋆ ⋆

Había descubierto la puerta que daba entrada al macizo, despasó los cerrojos y abrió. Desde allí, con la lámpara, dio la señal.

Los agentes acudieron enseguida.

—¡Vaya rato! —exclamó Scher.

Todos, menos Denise, manifestaron la ansiedad en que habían permanecido.

Después de explicarles lo ocurrido, Will preguntó:

—¿Qué noticias hay del oasis?

—Todo marcha bien.

—Informen al inspector de lo que aquí está pasando —y Will se volvió a meter en una de las galerías.

Pero ahora le seguían Mecarocci y Denise. En el sitio donde estaba el laboratorio, entre el montón de papeles, encontraron envolturas de celofán con las dos corzas separadas por una X.

Al verlo Denise, se puso las manos en el pecho como si de esta forma pudiera calmar su agitación, y exclamó:

—¡Dios mío!… Pero, ¿es posible?

—No se alegre demasiado, Denise —advirtió Will—. De droga no he encontrado nada.

—¡Quizá esté en el campamento de Wisner! —sugirió Mecarocci.

—Lo dudo… Por lo que se ve aquí dentro, este laboratorio ha debido trabajar intensamente. Por aquí habrán pasado terroríficas cantidades de droga… Ya habrán inundado Europa y América…

—¡O la habrán destruido! —volvió a sugerir el italiano.

Will denegó con movimientos de cabeza, mientras sonreía, sardónico.

—Ha habido poca oposición, para pensar que esa gente ha dado por perdido el juego.

—¿Poca oposición? —intervino Denise, en tono áspero—, ¡olvida usted que incendiaron nuestro aparato, y que antes ya había desaparecido otro!… ¡No recuerda tampoco que su amigo Hanley y varios tuareg han muerto…!

—Lo tengo todo muy presente, Denise —replicó Will, en tono cordial, no haciendo caso de la acritud con que ella acababa de hablarle—. Pero conozco a la clase de gente que milita en los «gangs». No tienen más ideal que la codicia, el lujo, las mujeres hermosas y los buenos coches… Aquí ha debido haber droga que representaba millones de dólares, situada en los

Estados Unidos. Antes de destruir esa fortuna, se dejarían despellejar…

—¡Y lo han hecho! ¿Qué representan los muertos que hay aquí?

—Nada. Son meros instrumentos de los que llevan este negocio. Y el que se hayan defendido, puede ser afán por cumplir las órdenes recibidas, como desesperación. ¿Qué podían hacer, sino rechazar al que se acercara, como no fueran los propios compañeros? No disponían de medios de transporte. Aquí dentro hay víveres para varios días. Seguramente tenían la promesa del jefe de que vendrían a recogerlos en determinado momento… Esta tarde yo creía que era seguro que vendrían más «jeeps». Pero ahora ya lo dudo, puesto que aquí no hay nada que salvar.

Se interrumpió, al recordar los fragmentos de la tablilla.

—Puede que vengan —rectificó, después de un silencio—. El último individuo estaba obsesionado por destruir este trozo de madera.

Colocó sobre una caja los fragmentos de la tablilla.

—¡Aquí hay signos! —observó Denise.

Apenas se notaban. Tuvieron que pasar polvo del suelo sobre los trozos de madera, y soplar.

—¡Son números! —señaló Mecarocci.

—¡Y también puntos y rayas! ¡Es una clave en Morse! —manifestó Will.

Se arrodillaron alrededor de la caja, cuidando de no moverla, y se pusieron a encajar los fragmentos. Cuando se encontraron con que faltaban algunos, se pusieron a buscar en el sitio donde Will los recogió.

—Lo mejor será ir anotando —dijo Will.

Denise sacó el bloc donde ya tenía un mensaje que descifrar.

—Diga.

—Número veinte. A continuación ponga un punto.

—Ya está.

—El cinco ahora.

—¿En la misma línea?

—Sí… Y una raya.

Denise anotó lo que Will le dictaba.

—En línea aparte: el número quince… Y un punto.

Doblada la medianoche, dieron por terminado el trabajo.

—Pero tenemos que seguir aquí —advirtió Will—. Tenemos gasolina justa para llegar al oasis. Esto no podemos abandonarlo. De día investigaremos mejor.

Todos se encontraban reunidos en la entrada del macizo. Y a medida que habían ido transcurriendo las horas, en todos había ido entrando la sensación de que lo más importante se les había escurrido.

—¿Para qué demonios querría ese individuo destruir asas cifras? —se preguntaban los compañeros de Will.

—No se atormenten. Descansen ahora —dijo Will—. Yo haré la primera guardia.

—¿Comunicamos al inspector el hallazgo de la tablilla? —preguntó Denise.

—No.

—¿Por qué? —el tono volvió a ser crispado.

—Porque considero conveniente tenerlo callado. Lo mismo que hemos interferido un mensaje del enemigo, estarán haciendo ellos con los nuestros. Lo que contiene la tablilla ha de ser muy importante para ellos. Si ignoran que nos hemos dado cuenta de su importancia, quizá renuncien a aparecer por aquí.

Siguió un silencio. Pareció que Denise, debido a la tensión de tantas horas, estuviese perdiendo los nervios, y buscase con quién calmarse.

—¡De todas formas, es absurdo permanecer aquí! ¡Si al menos nos comunicáramos con el Departamento…!

—Nos comunicaremos… antes de que amanezca —contestó Will—. Quedó concertado que todas las madrugadas pasaría por esta zona un avión. Transmitirá con determinada frecuencia, que cada día irá cambiando, para no dar tiempo a nuestros adversarios —de pronto, Will hizo una transición. Del tono amable pasó a la voz dura, autoritaria—: ¡Y ya basta de objeciones, señorita! Ya hay bastantes dificultades para que usted asome con su histerismo…

Se alejó hacia lo alto del macizo donde iba a permanecer de guardia.

Fue transcurriendo el tiempo. Hacía frío, y Will, envuelto en una manta que había sacado de las galerías, permanecía al pie de un peñasco, escuchando el solemne silencio del desierto…

Una silueta que enseguida reconoció fue avanzando hacia él. Era Denise. Pero ella no sabía en qué roca se encontraba.

—Señor Rosner —susurró.

—Estoy aquí. ¿Qué sucede?

—Nada.

Llegó a su lado y se sentó, apoyando la espalda contra la misma roca que Will.

Después de un breve silencio, dijo ella:

—Perdone lo de antes.

—Está olvidado… Todos estamos con una sensación de fracaso y nos revolvemos contra nosotros mismos.

Tenían ante los ojos un cielo limpio e inmenso, con estrellas afiladas por el frío.

—Yo no olvido que este macizo costó la vida a mí amigo Hanley —dijo Will—. Yo, que lo conozco a fondo, considero que el precio ha sido demasiado caro. Pero, ¿qué puedo hacer?

—Usted no tiene que reprocharse nada —contestó Denise—. Llegó ayer de madrugada, y a las pocas horas ya era dueño de este refugió… se interrumpió, para reír apagadamente. Will se volvió a mirarla.

—No puede usted tener idea por qué he reído —dijo Denise, después de una pausa—. Ha sido una risa toda lágrimas. Pensaba en Hanley...

—¿Puedo saber— si entre ustedes...? Sé cómo era Harley, y cuán hermosa es usted. Imposible que él no la cortejara...

—Todavía no lo ha hecho usted, y según su amigo, usted era peor que él en ese sentido —replicó Denise.

—No ha habido tiempo. Pero tan pronto deje de pesar sobre mis hombros la responsabilidad de esta misión, eso sucederá.

Denise, con entonación grave, advirtió:

—Mejor que no ocurra. De esto quisiera conservar una buena amistad.

El tono con que lo dijo intrigó a Will.

—¿Qué sucede? Cualquiera diría que teme que la amen... ¿O es que usted está enamorada?

Después de un silencio, Denise volvió a emplear el tono grave, de hondo dramatismo, que antes intrigó a Will:

—Acaba usted de decir casi las mismas palabras que Hanley, en las últimas horas que estuvimos juntos... Tuvo la malhadada idea de declarárseme. Y le contesté como a un amigo cuya amistad no deseaba perder. Calló... Pero un rato más tarde apareció ante mí, como loco. Dijo que en mi todo era mentira. Que yo no odiaba el amor... Y que estaba enamorada... Eso que acaba usted de decir...

Denise se puso de pie y quedó a dos pasos de Will, de espaldas a él. Su fina silueta se recortaba en negro sobre la pedrería de la noche.

—¿Y sabe de quién pensaba que estaba enamorada? De usted... Como me echara a reír, Hanley se puso a decir monstruosidades contra todos los que le rodeábamos. Y contra él mismo. Decía que la culpa había sido suya, por haberme hablado demasiado bien de usted... De pronto, riendo, declaró que se había burlado de mí, porque usted era muy distinto de cómo él me lo había descrito...

—¿Por qué me cuenta esto? —preguntó Will, adivinando que con ello, Denise trataba de levantar una barrera entre los dos.

—Me era necesario decírselo... Aquel amanecer, cuando Hanley tenía que venir aquí, me miró como un niño que pide perdón. Sonriendo, me preguntó: «¿Oyó alguna vez hablar del «mal del desierto»? Creo que estoy atacado... Pero ya da lo mismo». Y se marchó... En su mirada había ya un conocimiento de la muerte que le aguardaba.

Su voz había ido oscureciéndose. Sus manos subieron precipitadamente para cubrir el rostro. Y se oyó apagadamente, un sollozo.

Will no le dijo nada hasta un momento después, en que le pareció calmada.

—Siéntese aquí... Y puesto que usted parece que conoce mi vida, por medio de Hanley, hábleme de la suya.

—Tengo muy poco que contar... En mi niñez he tenido toda una cadena

de adversidades. Eso no vale la pena oírlo...

—¿De veras le dijo a Hanley que odiaba el amor?

—Sí.

—¿Y es cierto?

—¡Sí!... De no serlo, lo que le he confesado antes me lo hubiera callado. Quiero su amistad, Will. Y por eso le prevengo... El amor, o lo que con él se disfrazaba, ha sido mi gran amargura... Ahora, que puedo mirar a distancia a los seres que parecían más cerca de mí, el descubrimiento de su pequeñez me dejó atónita. Tan profunda ha sido mi decepción, que creo que ya ni siquiera es odio lo que siento por el amor. Es más bien una total, profunda indiferencia...

—Eso lo considero peor.

—Yo, no. Es una elemental posición de defensa... Mi obsesión ahora es terminar esta misión con éxito.

—¿Y después?

—Habrá otra misión... Y cuando no haya ninguna más que cumplir, sacaré el fruto de esta experiencia. Somos como soldados en guerra. Y la enseñanza que queda de las guerras es tener poco corazón y mucha agudeza en los sentidos para estar siempre en condiciones de poder anticiparse al zarpazo del semejante.

Tras una pausa, comentó Will:

—Muy triste esa conclusión, en una muchacha, casi una niña, como es usted todavía... Pero la considero acertada. ¿Conoce sus opiniones el inspector Moynat?

—Él sabe de mi algo más que mis opiniones. Él ha sido como un verdadero padre para mí...

—¿Y aprueba su actitud?

—En todo.

No hablaron más durante un buen rato. La distancia pareció traer un rugido de motores. Había momentos en que sobre el fantasmal oleaje de arena asomaban manchas de luz.

—¡Son faros, con luz reducida al mínimo! —declaré Will.

De pronto, las temblorosas manchas se extinguieron.

—¡Baje y avise a los compañeros! ¡Habrán detenido los «jeeps» en cualquier cráter y pretenderán acercarse a pie! —indicó Will.

Denise se apresuró a cumplir la orden.

CAPÍTULO IV

Rápidamente, Mecarocci se acercó arrastrándose al puesto que ocupaba Will.

—¿Ha oído?

—Sí. A nuestra derecha.

Quedaron observando durante unos minutos, sin que advirtieran ningún otro ruido. Cerca de donde se encontraba Will, estaba Denise, tras un peñasco, empuñando un rifle ametrallador.

De pronto se distinguieron unas manchas de luz muy pálidas que avanzaban bamboleantes. Estaban inclinadas sobre los guijarros o sobre la arena, buscando las huellas de los dos «jeeps» que utilizaron los agentes.

—¡Van a encontrar los vehículos! —dijo Will—. ¡Atención a la señal de fuego!

Se desplazaron a una punta del macizo que avanzaba al encuentro de los que estaban investigando.

—¡Ahora! —ordenó Will.

Los fusiles ametralladores empezaron a barbotear. Las luces se extinguieron. De la arena irrumpieron algunas llamaradas. Los proyectiles pasaron muy altos.

Los fogonazos cada vez se producían más lejos. De pronto surgieron potentes faros. Tres parejas, pertenecientes a tres «jeeps».

Parecieron monstruos espantados, escudriñando con ojos desorbitados las corvas de las dunas. Huían. Una fuga desordenada, en que los haces de luz se cruzaban como batiéndose por alcanzar la puerta de escape.

Pero el desierto, todo él era una puerta abierta de par en par. Y desde el macizo, durante un largo rato, pudieron seguir las bocas de luz dando coletazos, levantando la arena... Hasta que los desgarrones de luz que se producían en el horizonte, los borraron.

Amanecía. El ansia con que los compañeros de Will miraban el horizonte parecía clavar la noche, en vez de precipitar el día.

Mecarocci permanecía atento a la emisora más potente que poseían. Otra, de menos alcance, funcionaba, manipulada por Denise. Informaba al inspector Moynat de la tablilla encontrada.

—¿Qué cree que pueden significar esas cifras, inspector?

Y Denise pasó a la escucha. Pero antes de que Moynat hubiese contestado desde el oasis, asomó el bordoneo característico de unos motores de aviación.

Sobre el silencio del desierto iba perfilándose el fragor de una aeronave. Will consultó el reloj y le pareció que era demasiado pronto para

la aparición del aparata.

Dos compañeros de Will que no estaban ocupados con las emisoras se habían puesto de pie, mirando en la dirección en que venía el ruido.

Ya no eran puntos luminosos en la arena lo que buscaban, sino en el espacio, de donde habían descendido veinticuatro horas antes.

—¡Ahí están! ¡Son dos aviones! —gritó Scher.

Lo que el inspector Nover le dio a entender a Will en Roma, fue que acudiría un solo aparato.

—¡Sí! ¡Vienen por nosotros!

—¡Por nosotros...!

Los brazos empezaron a agitarse, frenéticos, y las gargantas se pusieron a gritar, hasta enronquecer.

—¡Silencio! —mandó Will—. ¡Vamos a establecer contacto...!

En tanto, las motas oscuras en el azul borracho de sol, se hacían cada vez más grandes, tomaban otra configuración, como renacuajos que en el breve tiempo de unos segundos pasasen a la forma de rana.

Surgían sus extremidades cada vez más perfiladas. Concretábanse los círculos de las hélices, y el ancho tórax de dos fortalezas volantes, con sus pulmones incansables.

Las dos potentes máquinas parecían asentadas en el aíre, y ser el cielo, las nubes, la tierra, los que se movían. Diríase que el erizamiento que las dunas producían en la arena acababa de proyectarse al espacio, haciéndolo vibrar, empujando el invisible polvo hacia el rincón del horizonte donde se formaban las nubes.

Cuando los aparatos se encontraron cerca del macizo, habían perdido altura. Iniciaron un círculo.

Will manipulaba la emisora. Y la conexión anhelada se produjo.

Pero había una nueva sorpresa para Will.

—Le habla el inspector Nover... Ese macizo no es el hotel de Roma. ¿No es cierto, Will?

Por primera vez Will pareció perder el control, manifestando exaltadamente sus sentimientos. Empezó soltando un entusiasta hurra. Luego, al hablar, su voz se cortaba, con tanta emoción iba expresándose.

Refería lo ocurrido en las veinticuatro horas.

—¿Por qué dos aparatos? ¿Es que ha cambiado el plan? —preguntó, interrumpiendo el informe.

—No. Estos dos aparatos son del Ejército y van en vuelo de rutina. Creí conveniente aprovechar la oportunidad, para no llamar la atención...

Will hizo un gesto de extrañeza. ¡Para no llamar la atención!... Pero enseguida comprendió.

—Lo que ocurre es que usted no confiaba encontrar a nadie de nosotros aquí, inspector.

No obtuvo respuesta, lo que era una manera de asentir a lo que había

dicho.

—Bien: Ya que vienen bien preparados, dispónganse a descifrar un juego para el resto del viaje. Tomen nota...

Dictó el contenido de la tablilla. Después, el mensaje cifrado captado durante la noche.

El mensaje fue descifrado enseguida.

—Es una respuesta a una llamada de socorro... Ordenan que resistan, que se aproximan refuerzos... ¿Llegaron?

—Sí. Esta madrugada asomaron tres «jeeps».

—Espere, Will... Acaban de descifrar una nueva frase. No está muy clara... «Clave, combinación...» ¿Hay algún resorte blindado en el interior del macizo?

—Si existe, no lo hemos encontrado.

—Investiguen detenidamente.

—Lo hemos hecho ya... Yo creo que deben prestar atención a las cifras que les he dictado. Por destruirlas murió un individuo. Deben tener mucha importancia. El individuo pudo haber salido por dónde yo entré, sin necesidad de detenerse a disparar contra una tablilla.

—Veremos...

Transcurrieron varios minutos. Las fortalezas iban en círculo.

La impaciencia devoraba al grupo que aguardaba sobre el macizo. Los ojos de Denise tenían un brillo febril.

—¡Will! No hay que desesperarse... Esto ha de significar algo. ¿Usted qué piensa qué es?

—Este macizo ha debido guardar ingentes cantidades de opio... Aquí han debido transportarlo por vía aérea. Era fácil dejarlo caer en sacos. Pero no es tan fácil llevárselo, ya convertido en morfina o heroína. Aquí hay envases de las dos corzas y la X, y en ninguna ruta camellera ha sido encontrado nunca ningún cargamento con esas marcas...

—Por vía aérea pueden haberse llevado la droga...

—¿Toda, de repente? ¿A dónde?

El inspector, debido a su preocupación, soltó un taco y exclamó:

—¿Yo qué demonios sé?

Tras un silencio, Will, sabiendo que se jugaba parte del prestigio de que gozaba entre sus compañeros, de ser uno de los agentes más sagaces, y de los que nunca daban un paso en falso, declaró:

—Creo que la droga sigue en esta área... Y que esos signos están relacionados con el depósito secreto.

La carcajada que esperaba entre los compañeros, en tierra, y en el avión, no se produjo.

—He estado pensando toda la noche en esas cifras. Tal vez no contengan más cifrado que el que expresan...

Cuando el inspector Nover habló, su voz era muy grave:

—Will: Estoy de acuerdo con usted. También yo creo que la droga sigue ahí abajo. Disimulé para que ustedes no se desalentaran pensando que no habían logrado todo el objetivo… Ustedes han hecho todo lo que han podido… Tenemos precisión de alejarnos. Dentro de unas horas volveremos. Y recuerde la cabeza de fósforo sobre el mapa. Soy algo supersticioso…

—¡Oiga! Hay un campamento que deben observar…

—Hay poco que observar allí, Will. El campamento está en apuros desde anoche. El radio operador del campamento está haciendo llamadas desde medianoche, diciendo que se han quedado sin medios de transporte. Parece que el director y una tercera parte del personal les han abandonado.

—¡Es Wisner! ¡Todavía podrán localizar a los tres «jeeps»!

Will se equivocaba. Los tres vehículos aguardaban desde que rompió el día, en el interior de un barranco y no reanudarían la marcha hasta considerarse a cubierto de cualquier observador aéreo. Llevaban combustible y víveres para varios días.

Se alejaron las fortalezas. Tras un silencio, sonó una furiosa carcajada. Era Will quien reía.

Se hallaba de pie, con los ojos llameantes. Hincaba la mirada en todos los pliegues del terreno. Recordaba las fotografías aéreas examinadas en el hotel. A vista de pájaro, se notaban las huellas de oasis artificiales cubiertas por dunas movedizas. Sin embargo, a ras del suelo no se advertían. ¿Cómo iba a descubrir el depósito que sin duda había sido construido con el fin de que pasara inadvertido?

Porque Will ya tenía el convencimiento de que la droga se encontraría en cualquier parte menos dentro del macizo.

Se encontró de pronto con los ojos de Denise.

—¿Qué le parece? Hanley me llamó, seguro de que yo descifraría este escondite. ¿Es bonito mi fracaso?

—Usted ha hecho todo lo que ha podido —murmuró la muchacha.

Will, agotado, fue a dejarse caer junto a la emisora. Al lado estaba el bloc en el que figuraban las cifras que constituían su obsesión.

Al verlo, sonrió con amargura. Maquinalmente lo cogió y se quedó mirándolo.

—Y sin embargo, aquí está la clave.

Alargó un brazo y abrió el conmutador del micrófono.

Manipuló los mandos.

—¡Oasis! ¡Atención! ¿Me oyen? Paso a la escucha.

Tuvo que repetir la llamada. Por fin consiguió contacto.

—… Sí, Will —contestó el Inspector Moynat—. Hemos oído lo que usted y el inspector Nover han hablado…

Momentos después, ya la emisora cerrada, Will exclamó:

—¡Quizá no ha sido tan mala suerte como yo creía! ¡Wisner también habrá oído nuestra conversación y se irá confiado!… ¡Hay que buscar!

Se levantó. Parecía otro hombre. Tenía el bloc en las manos.

—¡Escuchen! ¡Dentro hay un pulsador de Morse! ¡Voy a manejarlo pero sin dar cifras, sino marcando lo que la clave indica! ¡Voy a seguir el sonsonete! Cada uno que se quede en una galería…

Solamente Denise se quedó fuera, para vigilar. Will se metió en la cueva donde estuvo el laboratorio. Desde las galerías se podía oír el zumbido.

—¡Cuenten las pulsaciones! ¡Donde diga cinco rayas, mmarearé cinco rayas! ¡Donde diga veinte puntos, veinte puntos serán…!

Un zumbido siempre idéntico, con Intermitencias casi imperceptibles, fue el único ruido que durante algún tiempo se oyó en las galerías.

Dos compañeros de Will apenas respiraban. Todos mantenían encendida una lámpara automática, que iban dirigiendo a un extremo y otro de la galería, por si advertían algún cambio.

Will ya estaba llegando a la tercera parte de las cifras, cuando afuera se oyó un grito. Lo dio Denise.

La emoción parecía ahogarla. Todos, Will el primero, salieron, creyendo que la muchacha corría peligro.

Aparecieron con las armas amartilladas.

Y se encontraron a la muchacha situada en uno de los peñascos más altos, desde el que se podía divisar una vasta extensión de arena. Miraba hacia las dunas, con los brazos extendidos, el semblante demudado.

—¡Miren allí…!

Señalaba en la dirección oeste, donde una elevada duna se estaba desgarrando por la base. Primero asomó como la punta de un proyectil. Luego las uñas de una ancha cadena.

La extraña oruga siguió forcejeando, ensanchando el boquete, desenterrándose. La cola de la máquina era una ampolla de plancha, con ambos extremos puntiagudos, en forma de puro.

—¡Es el depósito! —gritaron todos.

—¡Allí asoma otro! —y Will señaló hacia el norte.

Mecarocci y Scher ya se habían lanzado en dirección al primer armatoste, que libre de la capa de arena, seguía avanzando, torpón, como bestia que sale de un oscuro antro y queda cegado por la fuerte luz.

—¡Cada fórmula corresponderá a una cápsula! —comentó Will, súbitamente tranquilizado.

Iba a abrir la emisora, para comunicar al oasis que los depósitos estaban apareciendo bajo la acción de ondas magnéticas, cuando pensó en Wisner.

—Es preferible que crean en nuestro fracaso —dijo.

Momentos después, todos los agentes procedían a enterrar las cápsulas.

Habían observado el mecanismo y a cada depósito le cambiaron la cifra de pulsaciones bajo las cuales tenía que funcionar.

—¡Si luego nos fallara! —contentó Scher, humorístico.

—Si algún depósito se pierde, será del diablo, y nada se habrá perdido —contestó otro agente.

Había que dejar el macizo. Ahora le tocaba a Will darle la sorpresa al inspector Noves.

Montaron en los «jeeps» y emprendieron la marcha hutía el oasis Tahott.

En la ruta aparecieron las fortalezas volantes, ya de regreso. El radio de cada aparato permanecía atento a la frecuencia de onda con que emitía la emisora de Will.

—Nos replegamos al oasis, inspector Nover... Estamos agotados. Esperamos URGENTEMENTE socorros.

—¿Qué ocurre, Will?

—URGENTEMENTE.

El inspector se dio cuenta de que no quería ser más explícito.

—De acuerdo, Will. Pronto les llegarán socorros.

—Oiga, inspector: ¡Bien por la cabeza de fósforo...!

Ya era bastante. Aquel punto en la arena que apareció en la habitación de un hotel de Roma, por la intención que había empleado Will, parecía haberse convertido en una enseña de total victoria...

⋆ ⋆ ⋆

A media tarde aparecían en el oasis dos helicópteros. En uno iba el inspector Nover.

Cuando supo lo que ocurría, abrazó al inspector Moynat, quien con la pierna extendida, lloraba en silencio.

—No es a mí a quién debe felicitar, sino a su compatriota.

—Verá: Si por mí fuera, hubiera abrazado a la señorita Denise, como representante del grupo —contestó Nover, con los ojos húmedos por la alegría.

Todos rompieron a reír. Los pilotos dejaron combustible para los «jeeps». Nover les dio instrucciones de lo que tenían que decir en la base aérea.

—Mañana, el macizo se llenará de paracaidistas —dijo Nover—. Pero cuando ellos lleguen, nosotros ya estaremos allí... Por eso... convendría...

Miró al inspector Moynat fugazmente, sin atreverse a exponer lo que pensaba.

—Yo sé lo que piensa, y lo apruebo —dijo Denise. Y corriendo al lado del inspector Moynat, se arrodilló a su lado—: ¡Debe consentir ahora en que lo hospitalicen!... ¡Ya no quedo sola, y la misión está terminada...!

—¿Terminada? —preguntó el herido, con ironía.

—En su primera fase, usted sabe que sí. Aparezca o no droga en los depósitos, lo que buscamos en el desierto, destruir la base de esa organización, ya se ha conseguido…

—¡Quedan las principales piezas, Denise!

—¡Lo *sé!* ¡Y eso viene a mí favor! Mientras aquí se procede a una detenida limpieza, usted debe ser atendido en sitio que reúna condiciones. Y cuando empiece la caza de las piezas importantes, usted ya se encontrará de pie, totalmente restablecido…

Moynat vacilaba.

—¿Tú vas a quedarte?

—Representando a usted, inspector —y en tono jocoso, agregó—: No debemos dejar que los yanquis se apropien todos los triunfos.

Moynat sonrió. Luego, mirando a Nover y a Will:

—¿Saben la tarea que queda en Europa?

Nover movió la cabeza, asintiendo. Will permaneció como si nada fuera con él.

—Durante mi estancia en el hospital, voy a dedicarme a recoger informes sobre ese individuo Wisner. Por qué fue nombrado por financieros de prestigio, para dirigir la prospección…

—Le espera un trabajo muy entretenido, inspector Moynat —replicó Nover—. La Interpol y mi Departamento hace días que están buscando algo que dé una pista, y hasta la fecha, los informes que se obtienen del pasado de ese individuo son inmejorables. Es de los hombres que cuidan la fachada esperando que llegue la ocasión de dar el gran golpe. Y su oportunidad ha debido ser venir al desierto, con el pretexto de esas perforaciones, para dirigir secretamente otra empresa, más remuneradora. Averiguar quiénes están detrás de Wisner, no va a ser fácil…

—No, desde luego.

—Que Wisner pueda escapar —dijo Will— puede ser una ventaja.

—Siempre que él pueda conducirnos al verdadero director de la organización —comentó Nover—. Pero es probable que los mismos secuaces lo eliminen.

—Lo sé. Pero el quid está en llegar al lado de Wisner en el momento en que se vea acorralado por los suyos —manifestó Will.

—¡Y ese que llegue al lado de Wisner puede ser usted, Will! —manifestó Moynat—. ¡Y todos los agentes que lo acompañan! ¡Incluso Denise! ¡Todos, menos yo! —concluyó, con un aire desolado.

El inspector Nover lo miró, extrañado.

—¿Por qué ellos sí, y usted no?

—Porque la única cara que Wisner y sus perros han visto, es la mía. Will tuvo el acierto de mandar cubrirse, cuando súbitamente aparecieron los dos «jeeps».

Astutamente, el inspector Moynat había estado empujando a Will a

comprometerse en la misión que quedaba. A él y a cuantos le habían acompañado.

El inspector Nover se dio cuenta, y quiso apoyarle:

—Fue un acierto, Will. Y eso nos va a evitar nombrar a otros agentes.

Todos se quedaron mirando a Will, esperando que contestara.

—¿Qué esperan que diga? Mi deber es obedecer —contestó, con aire divertido—. Y creo que también el suyo, inspector Moynat. Está recibiendo consejos de amigos, que tienen el valor de órdenes. Déjese hospitalizar…

Will mismo ayudó a transportarlo a un helicóptero…

* * *

Antes de que anocheciera se montó la guardia. Una vez Will hubo recorrido los puestos de vigilancia, se acercó al manantial y se sentó, recostándose contra una palmera. Encendió un cigarrillo y se quedó contemplando la triste luz reflejada en el agua.

Oyó pasos cerca y se volvió.

—¿Estorbo? —preguntó una voz suave.

—¡De ningún modo, Denise! Siéntese… ¿Un cigarrillo?

Ella aceptó. Una vez lo hubo encendido, dijo la muchacha, sin dejar de mirar el agua.

—Siente usted la tristeza del triunfo…

Will quedó sorprendido; porque era verdad que en aquel momento se sentía triste.

—Intuye usted muy bien, Denise.

—No tiene ningún mérito, tratándose de usted. Ya le dije que Hanley me habló mucho de usted, y es lógico que él le conociera.

—¡El buen Hanley!… Era de los que concedían a la amistad un valor tal vez excesivo. Estoy seguro de no haber merecido una adhesión tan ferviente como la que él me dedicó… ¿Dónde está enterrado?

Denise señaló en la dirección donde estaban las rocas que sirvieron de fortín al inspector, cuando quedó con los dos agentes y los tuareg.

—¿Lo conocía usted ya, cuando lo hirieron en Marsella? —volvió a preguntar Will.

Tardó en contestar. Él se volvió a mirarla, sorprendido.

—¿Le molesta la pregunta? Olvídela…

—¡No! ¡Da todas formas tiene que saberlo un día!… ¡Su amigo y yo nos conocíamos en Marsella! ¡Y fue por mí culpa por lo que estuvo a punto de morir…!

Succionó el cigarrillo, con verdadera ansía. Will permaneció callado.

—El inspector Moynat y Hanley prepararon un plan, para dar caza a un grupo de traficantes, en el barrio corso de Marsella. Y yo me ofrecí a acompañarles. Conocía aquello mejor que los dos. El inspector Moynat sabe por qué conozco aquel barrio. Luego lo supo Hanley.

Volvió a succionar el cigarrillo y expulsó el humo con violencia.

—¡Me crie allí!... Mi hermano y yo, desdé muy niños, saltamos de un suburbio a otro. Hasta que por fin dimos lo que creíamos el gran salto: ¡París!... Nos empleamos en un elegante club nocturno. No quiero mentirle diciendo que yo fui con la creencia de que se nos contrataba como bailarines. Sabía que tras aquel espléndido contrato, había algo delictivo... Pero no quise ver. Yo por esa época solo miraba, por los ojos de Chet, uno de los accionistas del local. Era amigo de mi hermano... Eso creía yo. Como también creí que estaba sinceramente enamorado de mí...

Tiró el cigarrillo cuando lo tenía en los labios, escupiéndolo, y la brasa, al tocar el agua, siseó.

—Escapé a tiempo... Mi hermano, no.

Se prolongó el silencio.

—¿Qué fue de él? —preguntó Will.

—Cuando volvimos a encontrarnos, habían transcurrido tres años. Hacía ya un año que yo actuaba a las órdenes de Moynat. El sí sabía de mi hermano, pero nunca me lo dio a entender... ¡Y en el barrio corso, cuando la comedia que iba a servir para que una fuerte organización de traficantes de droga cayera en la trampa, apareció lo que quedaba de mi hermano: un esqueleto horrible...!

Denise se cubrió el rostro con las manos. Pero no se oyó ningún sollozo.

—¡No cejaré, por riesgos que me salgan al paso! ¡Viviré para aplastar a esa clase de alimañas...!

—Siga en lo que se refiere a Hanley —la interrumpió Will.

—La cita era en una taberna. Hanley se hacía pasar por marinero yanqui y yo por su amiga. Ya teníamos convencido al individuo que tenía que facilitarnos una fuerte cantidad de droga, cuando apareció una lamentable figura, suplicando al dueño que le facilitara «substancia blanca»... Cuando lo reconocí, me olvidé de todo: de Hanley, de mi condición de agente... El dueño acababa de empujarlo y mi hermano cayó al suelo. Acudí a su lado... Pero en el local había quien nos observaba. El aparecer mi hermano era debido a que el jefe de la organización desconfiaba del «marinero yanqui y de su amiga»... El dueño del local no sabía nada de la doble encerrona, de lo contrario no hubiéramos podido salir de allí. Apenas inclinarme sobre mi hermano, alguien gritó: «¡A ellos!». Hanley, cogido desprevenido, no tuvo tiempo de utilizar la pistola. Cuando se dio cuenta ya habían apagado las luces...

Momentos después se encendían. Hanley estaba herido por arma blanca, pero yo no lo vi, porque aprovechando la confusión, había escapado con los demás, creyendo que a mí me habían llevado. Hanley, desangrándose, quería ir al primer puesto de policía que encontrara... Pero al darse cuenta de que yo no había salido, retrocedió. Entonces se encontró conmigo, que acababa de salir del local, buscándolo. Tuvo fuerzas para

que lo llevara a una casa cercana, donde yo tenía viejos conocidos. Pero aquel «gang» controlaba el barrio y Hanley se pasó la noche deslizándose por los tejados, mientras los demás procurábamos despistarlos. Por fin le encontramos un sitio seguro…

—¿Ayudó a su hermano?

—Él no me reconoció en ningún momento. Ni se dio cuenta de que el local quedaba a oscuras y apuñalaban a un hombre…

—¿Se quedó allí?

—No sé… Cuando se encendieron las luces solo pensaba en Hanley y en el error que yo había cometido.

—¿Ha vuelto a saber de su hermano?

—Sí. El inspector Moynat se encargó de hospitalizarlo… Él dice que el tratamiento a que está sometido puede que dé resultados.

—No sería el primer caso.

Ahora sí lloró Denise, apagadamente.

—Antes de que Hanley fuera dado de alta, yo ya sabía que mi hermano había muerto. Estaba consumido por las drogas —tras un silencio, agregó—: Es mejor así… Ahora ya no habrá peligro, cuando vuelva a actuar en el ambiente del cual procedo, de que cometa otro estúpido error.

Siguió un largo silencio. Will tiró el resto del cigarrillo y se puso de pie.

—Usted estará preguntándose por qué le he referido esto —dijo Denise, también de pie.

—No. Comprendo que usted haya querido poner las cartas boca arriba, al saber que tenemos que seguir actuando juntos, fuera de aquí.

—Es preferible que usted sepa ahora que cometí un grave fallo, y por qué lo cometí.

—¿De ese hombre no ha vuelto a saber?

—¿Qué hombre?

—Creo que ha dicho Chet…

En la penumbra en que se hallaban, fulgieron los ojos de Denise.

—¡Sé de él! ¿Le he dicho que es compatriota suyo?

—¿Mío? No. Ni creo que eso importe mucho.

—En este caso, sí. Chet está relacionado con los principales *gangsters* de su país. Ha prosperado mucho en estos últimos tiempos. Sigue teniendo participación en un casino de París, pero los informes que tenemos de ese negocio no justifican la prosperidad de ese individuo.

Dejó una breve pausa, para dar más relieve a lo que iba a decir.

—Hay muchas cosas que señalan a ese hombre como uno de los principales puntales de esta siniestra organización. Y yo he de ir cara a él.

—Pero, ¿él sabe que está en la policía?…

—No creo.

—¿No ha dicho que en la taberna de Marsella la reconocieron?

—Sí. Pero no como agente. Lo natural es que pensaran que me prestaba

a ser cómplice de la policía, por resentimiento por lo que ocurría con mi hermano… En ese plan pienso aparecer en el área de Chet.

Will quedó unos momentos callado.

—Todavía es pronto para hablar de eso —dijo, en tono jovial—. Primero tenemos que dejar atrás este infierno de arena.

Callados, se dirigieron adonde estaban las tiendas.

⋆ ⋆ ⋆

En presencia de los refuerzos llegados de madrugaba por vía aérea, hicieron que las cápsulas oruga salieran de la arena. La boca de cada depósito estaba fuertemente atornillada. Cuando consiguieron abrirlos se encontraron con que estaban repletos de pastillas de morfina, todas con la marca de las dos corzas separadas por la X.

El inspector Nover estaba como atontado.

—¿Se da cuenta, Will? Es como si hubiésemos retenido el estallido de una bomba de hidrógeno, en plena ciudad… ¿Imagina cuánta heroína saldría de aquí?

En camino estaba una caravana de «jeeps» y camionetas. En el macizo iban a quedar fuerzas de vigilancia, que se dedicarían a una detenida inspección del terreno.

Pero pasada la primera impresión producida por la gran cantidad de droga capturada, repararon en el ingenioso mecanismo que obedecía tan fielmente las ondas magnéticas.

—El ejército podía utilizar esta arma —comentó Will—. Secretamente podía situar con tiempo, en retaguardias enemigas, suministros, municiones o combustible…

El inspector Nover se echó a reír.

—¡Pues es verdad! Habrá que sugerírselo al secretario de Defensa.

—No es solo nuestro país el que torna parte en esta acción —recordó Will, mirando a Denise y al italiano Mecarocci.

—¡Está bien! —contestó Nover, sin dejar de reír—. Lo propondremos a la OTAN.

Regresaron al oasis. Allí esperaron a la caravana, que llego al día siguiente.

A la hora de partir, Will dijo a sus agentes:

—Que nadie se quite la indumentaria tuareg… El «litham» puede sernos útil todavía.

Vestidos de tuareg, se dirigieron al poblado y repartieron entre los indígenas montones de regalos.

A la hora de partir, los vehículos desfilaron en marcha lenta, ante el grupo de palmeras donde se agrupaban los indígenas; ellas, el rostro descubierto; ellos, tapados…

Acaso la vista de los hombres, con la estrecha abertura que dejaba el

velo, fue lo que más emocionó a Denise. Durante los días que había permanecido entre aquella gente, había tenido ocasión de asomarse a vidas tan insospechadas, que ahora sus propios problemas le parecían nimios, ridículos.

¿Qué pensaban aquellos seres? Esto se preguntaba la muchacha, en el momento en que la camioneta en la cual iba se disponía a girar, para emprender la ruta de arena.

De una cosa solamente estaba segura: de que nunca más volverían a encontrarse.

El destino de Denise, como el de Will y los otros agentes, señalaba ahora a Europa, donde parecía haber caído la cabeza de fósforo...

CAPÍTULO V

Tuvo tiempo el inspector Moynat de restablecerse. Destruir a una organización tan potente, no iba a ser tarea fácil. Ningún agente se hacía ilusiones al respecto.

Al regresar de África, todos los que tomaron parte en la acción del depósito gozaron de unas vacaciones, en un pueblecito costero, en Italia.

Denise se quedó en París, donde se encontraba el inspector Moynat.

En aquellos días de asueto, Will tuvo tiempo de pensar en muchas cosas «nada importantes». Entre estas cosas, estaba su vida, su forma de ser, su manera de reaccionar ante las mujeres.

Hasta entonces se había dejado llevar por las pequeñas sorpresas que su vida aventurera le deparaba. Pero había surgido en su camino una muchacha como Denise, y todo, de pronto, había adquirido un nuevo valor.

Ni un solo momento se apartaba, de su mente la imagen de la muchacha, su gesto de amargura, su tenacidad y rebeldía ante el negro destino que su nacimiento en un suburbio de Marsella parecía iba a asfixiarla, como hizo con su hermano.

Transcurrieron los días sin que nadie del grupo recibiera noticias del Departamento.

—Quizá han desistido de que seamos nosotros los que sigamos en este asunto —conjeturó Scher.

Will no sabía si desear que ocurriera esto: que de pronto les comunicaran que cada cual volviera a su unidad respectiva.

Lamentaría separarse de tan buenos compañeros, pero por otro lado, se evitaría tener que escuchar comentarios de admiración acerca de Denise. A cada momento estaban hablando de ella, tanto de su belleza como de su temple.

—¡Una chica así, metida a policía! —comentó una mañana Scher, estando todos tumbados sobre las rocas, frente al mar—. No me lo explico.

—Yo me la imagino como mujer —la tercera o cuarta mujer— de uno de esos millonarios que suele enviarnos tu país —dijo Mecarocci.

—O como primera figura del cine —apuntó uno de los agentes franceses.

Todo eso resultaba molesto para Will, pero no podía decir nada del por qué aquella muchacha se encontraba cumpliendo una misión tan ingrata.

Siguieron los comentarios, cuando de pronto, Mecarocci advirtió:

—¡Ahí viene el chiquillo de la fonda! ¡Y trae prisa...!

Venia corriendo. Al ver que lo miraban se detuvo y levantó una mano,

con la que sujetaba un telegrama.

Se lo entregó a Will. Apenas leerlo se puso de pie y sonrió, mirando a sus compañeros.

—Se terminaron las vacaciones.

Aquella misma tarde salieron para Roma, donde los esperaban los inspectores Nover y uno que representaba a la Interpol.

La reunión se efectuó en la habitación de un hotel modesto.

—No pongan cara de pesar —empezó Nover, sonriendo—. Para algunos de ustedes las vacaciones no han terminado. Al contrario, puede decirse que empiezan ahora. Sobre todo, para usted, Will… En este mismo momento queda usted convertido en millonario. Hace unos meses que le han concedido el segundo divorcio y acaba de contraer terceras nupcias con una muchacha europea. Concretando más, francesa. Artista de cabaret, muy hermosa…

Se interrumpió, al ver la cara que ponían los agentes, todos mirando a Mecarocci.

—¿Qué les ocurre?

Todos, menos Will, prorrumpieron en carcajadas.

—¡Usted me oyó! —exclamó Mecarocci.

Le explicaron que precisamente momentos antes de recibir el telegrama, el italiano estaba imaginando a Denise en el papel de la esposa de turno de un millonario.

—Pero yo todavía no les he nombrado a Denise.

Todos los agentes, menos Will, parecieron decepcionados.

—¿No es ella? —preguntó Scher.

Antes de contestar, el inspector Nover miró a Will.

—¿Usted desearía que fuera Denise?

Will miró a los dos inspectores. Al de la Interpol le pareció extraña la vacilación de Will.

—¿Tiene algo que alegar contra esa señorita? Dígalo sin reparo. La misión que nos ocupa es demasiado delicada, para andar con disimulos.

—Precisamente porque considero este asunto demasiado delicado, estoy vacilando en que sea Denise. Ella siente en lo vivo este problema de las drogas.

El inspector de la Interpol asintió con un movimiento de cabeza.

—Puesto que lo sabe… ¿No considera que pueda ser una ventaja?

—Habrá momento en que será necesaria una gran serenidad.

—¿No la tiene esa señorita?

Will pensaba en Chet, en el individuo que ella acusaba como principal culpable de la ruina de su hermano.

—Si se encuentra con algún viejo conocido al que ella considera culpable de algo que la afecta personalmente…

—Le entiendo —lo atajó el inspector de la Interpol—; Usted teme que

ella pase al ataque demasiado pronto. Pues bien: tenga la seguridad de que eso no ocurrirá. Conozco bien a esa señorita. Y va a encontrarse… con viejos conocidos. Precisamente con el que más puede afectarla: con Chet Colby, más conocido en el hampa por «Sea King».

¡«Sea King», «Rey del Mar», como le llamaban con admiración, los afectos; en burla, los rivales!… Ese nombre había sonado multitud de veces en los oídos de Will, aún encontrándose en el Lejano Oriente. Ese nombre aparecía constantemente en los titulares de la Prensa de todo el mundo…

—¡Conque era él! —exclamó Will.

Los dos inspectores se miraron sin que Will se diera cuenta, y sonrieron.

—Es la misma Denise quien ha planteado la partida —siguió el de la Interpol—. «Sea King» tiene una villa a muy pocos kilómetros de Nápoles. Sabemos que la están preparando para cuando él aparezca un día de estos. Nosotros disponemos de otra villa, no muy distante a la suya… Ha sido adquirida por un verdadero millonario, recién casado con una artista muy poco conocida. Pero ese matrimonio se encuentra ahora viajando por Egipto, bajo nombre supuesto. Ese hombre debe algunos favores a la Interpol, y en agradecimiento se ha prestado a colaborar. Tenemos su autorización para que usted lo represente… Con ustedes irán dos chóferes.

—Uno, nativo —intervino el inspector Nover, mirando a Mecarocci—. Otro, compatriota del «marido» —y miré a Scher.

—El cuadro de la servidumbre no está completo todavía —siguió el de la Interpol, mirando de pasada a los otros cuatro.

—Quizá alguno convenga que quede en alguna ocupación fuera, de la villa —agregó Nover.

Will se había situado de cara al balcón, para que los compañeros no vieran la risa que le acudía al rostro.

—¿Acepta el envite? —preguntó el de la Interpol.

—¡No puede tener idea con qué ganas! —exclamé Will.

—Cuidado —advirtió el de la Interpol—. No vaya a cometer usted el error que antes insinuaba en la señorita Denise. Si tiene algo personal contra «Sea King»… Ese hombre interesa cogerlo complicado hasta la cabeza, pero interesa vivo. Es el único que puede llevarnos al Estado Mayor de esta maldita organización.

—Lo supongo —contestó Will, sonriendo—. Y precisamente por algo «muy personal», si alguien tiene que matar a ese individuo, no seré yo precisamente.

No sería él, porque ya había bastantes barreras entre Will y Denise, para levantar una más…

—Tan pronto anochezca, saldrá usted de Roma hacia el puerto donde se encuentra el yate del señor Wayman.

—Un momento: ¿Dan ustedes por sentado que los *gangsters* no van a

conocer a un millonario que ya se ha casado tres veces?

—El señor Wayman es el enemigo número uno de los fotógrafos —contestó el inspector Nover—. Aparte eso, sus negocios no se han cruzado nunca con los de «Sea King». Ni hay motivo para que Chet recele de un vecino rico. Y peor para él si recela y da un paso en falso...

Al anochecer, debidamente documentado, Will salió de Roma. A media noche se encontraba a bordo en el yate.

Se metió en el camarote principal. Se comunicaba con otro. Apenas se hubo desprovisto da la ropa de calle, en el instante en que terminaba de ponerse el pijama, dieron unos golpecitos en la puerta de paso.

Will abrió. Denise apareció envuelta en un tenue batín. Will acusó el deslumbre que le producía su belleza.

—¡La recordaba bonita... pero me doy cuenta que he estado ciego...!

Denise sé echó a reír, yendo a sentarse en un sillón. La delicada envoltura insinuaba sus formas prietas, de trazo perfecto. Al sentarse y cabalgar una pierna sobre la otra, quedaron perfilados sus largos muslos. Un lado del batín se deslizó y por primera vez pudo Will verle las piernas, finas y bien dibujadas, y los pies, pequeños y arqueados.

—Tutéame... A bordo te creen mi marido.

—¿Es que la tripulación no conoce al verdadero patrón?

—Sí. Y también saben que odia la publicidad. Nos creen un matrimonio amigo del señor Wayman, que se ha prestado a sustituirles, para librarlos de la curiosidad periodística. De todas formas, el yate solo estará unas horas en el embarcadero de «nuestra» villa...

Se interrumpió, azorada, ante la fijeza con que él la miraba.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Denise.

—¡Que eres demasiado hermosa!

—Pretendo parecerlo, Will —contestó, levantándose con lentitud, la mirada ausente—. «Alguien» tiene que convencerse de que un millonario pueda inclinaras ante mí...

—Puedes estar segura de que se convencerá —contestó Will—. Eres endemoniadamente hermosa... Me terno que en esta misión voy a echar de menos el «litham» que me defendía de ti —concluyó, no tan en broma como su risa quería dar a entender.

Denise no contestó. Lentamente fue a la puerta. Allí se detuvo unos momentos, como si vacilara.

—Estás a tiempo, Will —dijo, de espaldas a él.

—¿De qué?

—De renunciar a esta partida.

Tras un silencio, Will contestó:

—Ya es tarde. Nunca he abandonado una partida, cuando el peligro ha empezado a incitarme. Y en esta ocasión, el peligro se presenta con cara de diosa.

Denise desapareció en su compartimiento y cerró la puerta, pasando el pestillo.

⋆ ⋆ ⋆

El yate retrasó su llegada a la villa, porque convenía que la «servidumbre» estuviese ya ambientada.

Cuando la nave atracó en el embarcadero que se adentraba en el Jardín, en las proximidades de la villa ya sabían que era el nuevo propietario de la finca.

El jardín estaba sobre un acantilado. Por una escalera de roca se bajaba a una pequeña bahía, donde el agua era muy quieta y limpia.

Horas después de atracar, el yate zarpó, dejando en la villa al «matrimonio».

En las villas próximas se comentó durante todo el día y parte de la noche la situación especial de los vecinos: recién casados.

Respetando esa situación, nadie se decidió a visitarles durante los dos primeros días. Pero al tercero, un matrimonio inglés asomó por la finca para saludarles y ofrecer su casa. Enseguida se marcharon.

—¡Qué extraño! —comentó Denise—. Que unos ingleses se decidan a meter las narices en casa ajena.

—La historia de Inglaterra es un compendio de las mil maneras con que uno puede meterse en casa ajena en plan de amigo, para arramblar lo de más provecho —contestó Will, riendo—. Pero en particular, un inglés no tiene la falta de tacto de esta pareja. Eso quiere decir que han venido obedeciendo órdenes…

Era la hora del baño y se encaminaron a la escalera que conducía a la bahía. Denise se despojó del pantalón corto y de la blusa. Al momento, su cuerpo de bronce evolucionaba bajo el agua.

Sumergida, fue nadando rápidamente, y cuando sacó la cabeza se encontraba en la boca de la bahía, donde había un peñasco que emergía un par de metros.

Denise trepó a lo alto, y quedó erguida, de cara al mar. El dos piezas formaba dos anillos de colores, sobre la piel morena. Parecía completamente desnuda. Y en varios puntos de la playa, los prismáticos quedaron inmóviles, enfocando la prodigiosa figura.

Mientras tanto, Will braceaba de un lado a otro. Macaba tan bien como Denise, y más rápido. Rebasó el peñasco, salió de la bahía, siguió alejándose, y cuando ya casi su cabeza había desaparecido en la distancia, empezó a regresar.

Denise seguía sobre la roca, dando el efecto de que media el tiempo que le costaba a Will ir y volver. Ese era en realidad el pretexto que ella empleaba, para exhibirse.

Ese plan se había convenido tácitamente. Will comprendió que el

principal resorte que ella pensaba utilizar allí era deslumbrar a todos con su belleza, para que Chet meditara.

Era ya el tercer día que efectuaban este juego. Y a medida que Will iba acercándose al peñasco sobre el que se encontraba Denise, iba sintiendo más irritación por lo que ocurría.

—¡Hoy has tardado menos! —gritó Denise, arqueando la figura, inclinándose sobre él, cuando pasaba.

Will siguió braceando hasta llegar al principio de la escalera.

—¿No vienes aquí? —preguntó Denise.

Will hizo con el brazo un signo negativo. Entonces ella se lanzó al agua. Ahora nadó manteniendo la cabeza fuera, mirando fijamente a Will, como si estuviera intrigada por la seriedad en que él se mantenía.

Will se dio cuenta de esto y forzó una expresión risueña. Faltando peco para llegar, Denise braceó con lentitud, sin dejar de mirarle.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, ya quieta en el agua.

—¿A mí?

—Hay momentos que me miras como si hubiese, cometido alguna falta.

Will forzó un gesto de extrañeza y se echó a reír. Luego le tendió una mano, para ayudarla a salir.

Ya fuera, se sentó sobre el mismo escalón en que estaba él. Los cuerpos se tocaban. Durante un rato permanecieron callados, mirando el mar.

—Will: ¿Y si *él* no viniera?

—Llegó anoche —contestó.

La muchacha se volvió a mirarle, creyendo que bromeaba. Pero la seriedad que advirtió en su rostro, la convenció.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde anoche mismo.

—¡Y lo has callado!

Se había puesto de pie, con tal brusquedad, que del cuerpo saltó el agua de mar.

Will, sentado, la escrutaba con los ojos. Y sonriendo, dijo:

—Te has alterado, Denise... Yo sabía que ocurriría. Por eso quiso retrasar la noticia.

—¡Me he alterado! —exclamó, con voz fosca—. ¿Y cómo no? ¡Es mi obsesión enfrentarme con ese individuo...!

—Lo sé. Y hasta ahora parecías verdaderamente una muchacha despreocupada... A partir de ahora, esta villa habrá perdido para ti su mejor cualidad.

Denise lo miraba un poco atónita, como si no entendiera nada de lo que Will le decía. De pronto preguntó:

—¿Qué es lo que temes?

—Cualquier cosa, pero no me refiero a mí ni a los compañeros, sino a ti exclusivamente. Si ese individuo se da cuenta del juego...

Ella no lo dejó seguir. Con entonación sardónica, dijo:

—¡No es eso lo que temes, que a mí pueda agredirme!… Morir en el cumplimiento de una misión no es cosa del otro mundo para que un agente tan experimentado como tú se inmute. Ya sufriste la experiencia de perder a un amigo como Hanley, y no por eso perdiste el pulso… Lo que ocurre es… que te has convertido en un estúpido de tantos como se mueven a mí alrededor. ¡Estás celoso, Will, reconócelo!… ¡Estás temiendo que pueda sentir por ese hombre algo distinto al odio!… ¿Acierto?…

No se daba cuenta que había adoptado una actitud provocativa. En realidad, todos los reproches que le estaba dirigiendo a él, iban a ella misma.

Fue sincera cuando rechazó al malogrado Hanley. Lo fue también, cuando Will, sentado en el macizo, de cara a la noche del desierto, se debatía ante el enigma de las cifras encontradas en la tablilla. Cuando ella le dijo entonces que no deseaba amar, que miraba como un castigo la posibilidad de que ese sentimiento renaciera en su alma, fue sincera.

—¡Y te advertí, Will!… Pese a todo, te has convertido en un muñeco de tantos…

Ella era la que se consideraba así, una de tantas mujeres de vida normal, sin hondas amarguras, sin rebelaos ni decepciones…

De pronto se vio a Will de pie, con los ojos encendidos por la cólera.

—¡Repítelo…!

—No eres más que…

No terminó la frase, porque Will no la dejó y porque ella no se hubiera atrevido a terminarla, sabiendo que era injusta.

El impedimento que le puso Will fue aplicarle las dos manos en el rostro. De la segunda bofetada, Denise cayó al mar.

Él se quedó unos momentos inmóvil, mirándose las manos. De pronto reparó en que el cuerpo de la muchacha permanecía sumergido.

No estaba tan inconsciente como para no poder valerse de sus fuerzas, pero sí estaba aturdida. Y de pronto experimentó un extraño placer, sintiéndose cubierta por el agua, desafiando la asfixia…

Placer y amargura, porque se veía otra vez como era siendo casi una niña, apasionada, dispuesta a convertirse en perro fiel del que ella considerase digno de ese sometimiento.

Parecía que el fondo del mar devolvía una venus maravillosa, apresada durante siglos, capturada a cualquier nave estrellada contra el risco que había en la entrada de la bahía.

El cuerpo de Denise lo devolvía el mar porque los brazos de Will se impusieron. Se había lanzado y rodeándola fuertemente con sus brazos, la llevó a la escalera de roca.

—Es inútil que finjas… Estás bien despierta.

Y le apresó los labios con su boca, besándola fuerte y prolongadamente.

Los labios de Denise estaban fríos y exangües. Poco a poco iban resobrando vida. Will volvió a besarla.

De pronto se separó.

—Disimula, Denise... Haz como si nos reconciliáramos. Arriba hay «alguien» observándonos...

Ella abrió los ojos. Siguió sentada, inmóvil.

—¿Quién? —musitó.

—Chet.

Ella ni siquiera movió los hombros. Seguía mirando a Will, con los ojos un poco enrojecidos por el agua.

—¿Tú lo conoces?

—Lo vi anoche... Es él.

Denise fue inclinándose, buscando el cuello de Will Lo rodeó con sus brazos y se estrechó contra su cuerpo, ofreciéndola la boca.

—Aunque es parte del juego... —murmuró Will, al ir a besarla.

Por la forma que ella le besó, si había fingimiento, estaba muy bien disimulado porque Will fue el primero en dudar de que esa caricia no respondiese a una realidad bien sentida por el alma y la sangre.

⋆ ⋆ ⋆

Cuantío llegaron al final de la escalera, Denise ya tenía el cuerpo seco y se había cubierto con las prendas que llevaba al salir de la casa.

Chet Colby aguardaba vistiendo pantalón claro y camisa verde oscuro. Era fornido, bien parecido, rubio. A poca distancia de donde él estaba, aguardaban dos individuos.

A uno de ellos lo reconocieron enseguida, Will y Denise, pero los dos supieron disimular. Era el guardaespaldas que acompañaba a Wisner, cuando este llegó al casis poco después de haberlo hecho Will y los agentes.

Los dos individuos les miraban atentamente, a distancia. Entre los macizos se veía a los «criados», que trataban de mantener una actitud de verdaderos sirvientes.

Al llegar al último escalón, Will miró fríamente a Chet.

—¿Qué hace aquí?

—¿Es el señor «Wayman»? —y sin esperar respuesta, se dirigió a la joven—. ¡Oh, Denise! ¡Me habían dicho que estabas aquí, pero no lo creía...!

Le tendía las dos manos. Will no dio tiempo a la muchacha para que hablara. Se colocó entre los dos y empujó a Chet, para que retrocediera unos pasos.

—¡Todavía no se ha presentado!... ¡Y se encuentra en mi casa...!

Al hablar procuraba desfigurar la voz, por si el guardaespaldas de Wisner estaba allí para observar su entonación, y su forma de

desenvolverse. A él era al único que el grupo de Wisner oyó.

Al sentirse empujado, Chet palideció, enderezándose:

—¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco? ¡Usted sabe quién soy!

—¿Por qué he de saberlo?

Chet miró duramente a Denise.

—¿Es que no le has dicho que ocupo la otra villa?

Will le tocó en un hombro.

—Está hablando conmigo.

Ahora el rostro de Chet enrojeció.

—¡Soy Chet Colby, y usted lo sabe…!

—Lo que yo sepa o ignore, no importa, ahora —y mirando hacia los «criados»—: ¿No habéis dicho que no recibíanlos?

Fue el agente Scher, que figuraba como el chófer que el millonario se había traído de América quien contestó.

—¡Sí, señor…! ¡Pero han dicho que son de casa…!

Will volvió a mirar a Chet. Este sonreía, sardónico, mirando a Denise.

—Yo, lo soy… ¿O vas a ignorarme ahora?

La muchacha había comprendido la idea de Will, y decidió seguirle en el nuevo plan que la inesperada situación les brindaba. Ella, por lo menos, no había imaginado que Chet se atreviera a entrar poco menos que a la fuerza. Confiaba en que durante algún tiempo, simularía no conocerla, a la espera de que ella lo abordara.

Así que, a la pregunta de Chet, se mantuvo en un digno silencio, dejando a Will toda la iniciativa.

—Como vecino que dice que es, trataré de olvidar este incidente… Ahora, haga el favor de marcharse. A media tarde puede que recibamos. Anúnciese entonces —dijo Will, indicándoles la puerta del jardín.

El silencio en que se mantenía Denise, su magnífica indiferencia fue lo que más enfurecía a Chet. Durante unos instantes estuvo inmóvil, desconcertado.

Los dos individuos observaban con ojos atónitos. Pakter, el que acompañaba a todas partes a Chet, cerraba los puños, como si la impaciencia lo devorara.

Tras un tenso silencio, Chet inició una reverencia.

—A sus pies, señora… «Wayman».

El tono no podía ser más mordaz.

—Es lo que procede —dijo Will.

—Me sorprende que lo diga quien hace unos momentos la trataba como si fuera…

Pero no se atrevió a terminar. Y en el rostro de Will se había producido un significativo cambio de expresión. Chet conocía a los hombres duros. Y aquel lo era. De los lúas difíciles.

—La puerta —volvió a señalar Will.

Lo que Chet buscaba, demostrarle a Denise y a los que la rodeaban, que no les tenía miedo, ya lo había conseguido. Por lo menos, eso pensaba, para no retirarse con una sensación de fracaso.

Echó a andar hacia la puerta. El que estuvo en el oasis acompañando a Wisner fue tras de Chet.

Pakter se quedó mirando a Will, hizo una mueca y as dispuso lentamente a volverse, como queriendo dar a entender que él marchaba porque el patrón había decidido hacerlo, no porque la actitud de Will le impusiera.

—Espere —dijo Will, yendo hacia él—. Usted no parece conforme...

—Mi opinión no cuenta...

—¡Vamos, Pakter! —llamó Chet.

El individuo volvió a hacer otra mueca, se encogió de hombros y manifestó:

—Eso le evita chocar conmigo.

—Más bien lo contrario —replicó Will, disparando el puño izquierdo.

Pakter se elevó dos palmos y de espaldas hizo un trayecto, hasta dar con el cuerpo del que estuvo en el oasis, que ahora mantenía un gesto de alegría y miedo, como sí en ese momento adquiriese la seguridad de quién era Will.

Pakter quedó un poco inclinado, con una mano en las mandíbulas, mirando a Will con ojos inyectados de sangre.

—¡Malas vacaciones va a tener aquí! —rugió.

Chet ya se encontraba en la puerta del jardín, donde aguardaba un «portero», el agente italiano, Revelli.

Will levantó una mano, indicándole a Pakter la puerta. Y se marcharon. Apenas alejarse unos pasos, Sanger, el que fue guardaespaldas de Wisner, se puso a bracear, hablando con Chet.

Denise permanecía al lado de Will, los dos mirando es la dirección de los que se alejaban.

—No sé si esto lo aprobarán nuestros superiores... pero creo que es lo que se merecía cualquiera que entrase en casa ajena como ellos lo han hecho —comentó Denise, conteniéndose en decir que acababa de pasar por uno de los mejores momentos de su vida.

—Lo aprueben o no, ya está hecho —contestó Will.

Se encaminaron a la casa, seguidos por los «criados». En la biblioteca hubo conferencia con los compañeros.

—Nuestros jefes nos han gastado una cuquería —empezó Will—. Nos han enviado aquí sabiendo que «Sea King» conocía la artimaña.

Los agentes, incluso la misma Denise, lo miraron extrañados.

—Quizá no sabían nada —aventuró Scher.

—Lo único que tal vez ignoraban era que yo fuese quien atizó a Wisner en el oasis —replicó Will—. Y para comprobarlo han venido, trayendo al

que acompañaba a Wiener.

Los compañeros ya casi habían olvidado al guardaespaldas de Wisner.

—¡Es verdad! —exclamó Scher—. Cuando usted le ha pegado a Pakter, el otro ha estado a punto de gritar, como quien descubre la pieza.

Pero esto, lejos de tranquilizar a Will, le preocupó, como si viera algo incomprensible.

—No me lo explico. Es demasiada audacia, que Chet traiga aquí a un individuo que puede relacionarlo con lo del desierto.

—¡Pero tú acabas de decir que han venido por eso! —observó la muchacha confusa.

—Sí. Y sigo diciendo lo mismo: que Chet ha traído a ese individuo para averiguar si alguno de nosotros ha estado en el desierto, pero eso únicamente se explica si ese individuo le ha hecho creer que él no puede ser reconocido cómo compañero de Wisner. De no ser así, Chet no lo tendría a su lado...

Todos quedaron pensativos. Y mirando a Will, asintieron, con movimientos de cabeza.

—¡Ha de ser lo que usted ha dicho, Will! —declaró Mecarocci—. Ese sujeto, para evitarse represalias, le habrá hecho creer que no había peligro de ser reconocida por ninguno de nosotros.

—Más aún —le interrumpió Denise, como recordando de pronto—: Ese individuo ni siquiera le habrá dicho que ha estado en el oasis. Aquella mañana, cuando lo vieron ustedes, fue la primera y última vez que lo vi yo.

—¿Estás segura? —preguntó Will.

—¡Sí...!

Will quedó pensativo, mientras sonreía.

—Ese individuo sería un enlace de Chet, que llegó al campamento poco antes que nosotros nos lanzáramos al desierto. Posiblemente traía órdenes del mandamás, de liquidar el laboratorio y no armar más conflictos. Toda la droga estaba ya escondida...

Hizo una pausa, para atender las ideas que iban surgiendo en su mente, cada vez más numerosas y excitantes.

—¡Todos ellos juegan al engaño, por miedo! —continuó—. Ese individuo oculta a Chet que el inspector Moynat y los que con él estábamos, lo vieron. Se lo oculta para que Chet no rompa las amarras. ¿Y saben qué presiento ahora, si lo que he deducido está en lo cierto? Chet se verá dentro de poco en la misma situación que ese individuo: tendrá que ocultar a sus jefes que él también está comprometido, porque lo hemos visto con el que acompañaba a Wisner...

De pronto se detuvo. El gesto que había hecho, anunciando una carcajada, se esfumó, y quedó con expresión sombría.

—Cuidado... Desconfío de las puertas abiertas de par en par, cuando al

otro lado sé que me aguarda un mortal enemigo. Demasiado fácil se presenta esto. ¿No creen?

Ninguno supo qué contestar. Denise era quien menos podía hacerlo, porque era quien menos había escuchado lo último, abstraída en cosas que la afectaban personalmente.

Pensaba en lo ocurrido frente a Chet y lo sucedido antes abajo, al pie del acantilado.

Y otra vez pensó que por fin el destino le había deparado un feliz momento. Ocurriera lo que ocurriese a partir de ahora, se sentiría agradecida a la vida.

De pronto dejó de escuchar sus pensamientos para prestar atención a lo que Will decía:

—… Las líneas telefónicas están intervenidas, y Chet ha de suponerlo. Por lo tanto si decide permanecer en la finca, tendrá que valerse de enlaces. El inspector Nover me aseguró que todas las entripas y salidas de su finca quedarían controladas por ellos…

—¿Entonces qué demonios hacemos aquí? —preguntó Scher, extrañado.

—Eso mismo le dije yo —siguió Will— y me dio una respuesta ambigua. Pero ahora ya está claro: servimos de cebo. Y que ha dado resultado, lo tenemos con la visita de Chet.

Denise ya no estaba tan segura de que la vida le hubiese ofrecido un momento espléndido. Pensaba en lo ocurrido abajo, en el acantilado. Ya dudaba de que el arranque de celos de Will fuese sincero. ¿Desde cuándo sabía que Chet les estaba espiando?

—… Revisen sus armas y que los coches estén listos. Quizá tengamos que salir repentinamente —concluyó Will.

CAPÍTULO VI

Cuando Chet regresó a su villa, ya había oído por dos veces una falsa versión de cómo Sanger conoció a Will, en el desierto. La mayor falsedad consistía en decir que él pudo acercarse al oasis precisamente utilizando el recurso que emplearon los agentes: vistiendo de tuareg.

—Le pedí a Wisner que me llevara en su «jeep» y que dijera que era un guía que se había procurado. Fue un buen truco, ¿verdad, señor Colby?

Esta fue la versión que le dio al llegar de regreso de su visita al desierto. Esa versión había tenido que refrescarla, al salir de la villa que ocupaba el joven «matrimonio».

—¡Ese individuo que se hace pasar por el millonario, es el que pegó a Wisner! ¡Su forma de levantar el puño, su voz, el brillo de sus ojos!... ¡Es el maldito policía que desconcertó a Wisner! ¡Por suerte, la «mercancía» ya estaba guardada...!

Ningún indicio había aparecido en la Prensa de que en el Sáhara se hubiese capturado una colosal cantidad de estupefacientes. Tampoco, si algún aparato volaba muy bajo, podía advertir en el macizo nada sospechoso.

Por algún tiempo los elementos de la siniestra organización pensaban mantenerse quietos, alejados de aquella zona donde suponían enterrada una fortuna.

—¡Y ese perro de Wisner pretende venir a verme! —rugió Chet, ya en su Jardín.

El que Wisner pudiera aparecer ante Chet, aterrorizó a Sanger, pues era el que podría desmentirle que se había presentado ante los agentes ocultos por el «litham».

—¡Wisner debe estar loco! —exclamó Sanger—. ¡Le proporcioné un escondite seguro en Sudáfrica, en un pueblecito próximo a Ciudad del Cabo!... ¡Le aconsejé que esperara!... ¡Pero no me ha hecho caso!

Chet, mientras subía la escalinata de mármol, sonreía Siniestramente.

—Ahora sí obedecerá —dijo muy bajo. Y levantando la voz—: ¡Pakter!

Este había marchado unos pasos atrás, temiendo la burla del jefe. Chet tenía la costumbre de colocar a sus subordinados en situación comprometida, y luego burlarse, si alguno daba un traspié.

Pero en el caso de Pakter, aparentemente Chet no había hecho nada por que él se enzarzara con Will. No lo hizo porque no lo consideró conveniente, para no comprometerse ante los policías.

—¿Qué? —preguntó Pakter, colocándose a un lado del jefe.

—Elige a tres muchachos. No quiero saber cuáles. Preferible que no

sean de los nuestros…

Dejó una pausa. Pakter, al encontrarse con que el Jefe no le recriminaba, se sintió muy contento.

—¡Se hará como usted quiere!

Pakter tenía la cualidad de que sabía adivinar los pensamientos de su jefe. Pero en esta ocasión no existía ningún mérito, porque había estado oyendo el diálogo que mantenían Sanger y Chet.

—Sanger te dirá dónde se esconde —y Chet se metió en la casa.

Al quedar solos los subordinados, Pakter cambió de expresión. Del gesto servil pasó a uno de incontrolable cólera.

—¡Cobarde! ¡Me has dejado solo frente al «bofia»!

—¡Era estúpido presentarles cara! —replicó Sanger—. ¡Allí hemos ido solo para averiguar si era el tipo que vi en el desierto…!

Pakter pareció dudar unos momentos en lanzarse sobre el cuello de Sanger. Desde unos tiempos atrás, Chet le estaba encargando misiones de la máxima confianza, desplazando a Pakter.

—Quizá has mentido —dijo Pakter, dando un palo de ciego—. Eso que has dicho, de que es el tipo que pegó a Wisner, podía atestiguarlo el mismo Wisner…

Sanger palideció, aterrorizado. Esto no lo esperaba Pakter. Y entornó los ojos, mirándole fijamente.

—¿Qué te ocurre, Sanger?

—¡Nada! Que me desagrada que los compañeros duden de mi palabra…

Pakter empezó a torcer la boca, para reír, pero el golpe en las mandíbulas le impidió soltar la carcajada que deseaba.



—¡Repítelo!

—Es muy extraño que después de defender a Wisner anoche y esta mañana, ahora digas qué debe desaparecer.

—¡Es comprometido para todos que esté cerca de Chet! ¡Está loco y si Chet no lo recibe, vendrá cuando menos se le espere...!

Pakter empezó a rodear la casa para ir a la cochera donde estaba el coche que pensaba utilizar.

—¡Compréndelo, Pakter! ¡Wisner sabe demasiado!... ¡Y el miedo lo llevará a pasos muy torpes...!

Pakter iba dando cabezazos, diciendo con sorna:

—Desde luego, Sanger... Desde luego.

Cuando el coche salió, conducido por Pakter, Sanger no le había dado la dirección exacta del paradero de Wisner. Desconfiaba que Pakter cumpliera lo que él y Chet deseaban: que lo eliminaran.

* * *

En un restaurante de la carretera, Pakter se detuvo unos momentos para telefonear. Desde un suburbio de Nápoles le contestaron.

Volvió a subir en el coche y a los pocos kilómetros cogía una desviación de la carretera que lo aproximaba a la costa. Se detuvo en una especie de mirador, una plazoleta rodeada de árboles situada en una prominencia, desde la que se dominaba un vasto panorama.

Pakter miraba solamente a la carretera por dónde tenía que venir el coche con los muchachos que acababa de citar. Por fin apareció.

Antes de que llegara a la plazoleta, Pakter puso en marcha el coche, yendo al encuentro de los que se acercaban. Sin apearse los de un coche y otro, Pakter dio el encargo.

Describió el físico de Wisner y a continuación apunté que posiblemente se hubiese caracterizado para parecer más viejo.

—De todos modos, él está esperando que vayan por él para llevarlo a un sitio más seguro. La consigna para que él confíe es decir que buscáis una villa con tres piscinas, para unos americanos.

—¿Y qué hacemos con él?

—Lo lleváis a la taberna de Giorgio, y que espere allí a que se haga de noche. Ya iremos por él.

Pakter siguió adelante. El otro coche llegó a la plazoleta, hizo algún tiempo para que el otro coche se alejara y emprendieron el camino de regreso.

Al salir a la carretera general, no prestaron atención al coche que marchaba a corta distancia, tras ellos. Eran muchos los vehículos que pasaban en una y otra dirección.

Antes de llegar a los arrabales se detuvieron junto a una hostería. A un lado del patio estaba el local que servía de taberna.

A aquellas horas había poca gente. En el mostrador estaban dos carreteros hablando con el encargado del local.

—Tenemos el encargo de unos turistas americanos de encontrar una villa con tres piscinas. Aquí nos ha citado un corredor de fincas que dice tener lo que buscamos.

El encargado y los dos carreteros se quedaron mirándolos.

—¿Una villa con tres piscinas? —el encargado soltó una risotada.

Los carreteros hicieron lo mismo. El que había expuesto lo que buscaba, ensombreció el rostro.

—¡A ver si esas risas acaban en lágrimas! ¿Dónde está ese hombre?

El encargado de la taberna se dio cuenta da que se enfrentaba con tipos de cuidado y se puso serio.

—Yo no sé nada. Quizá en la hostería.

Salieron dos al patio, mientras se quedaba uno en la taberna, vigilando al mostrador. Estuvieron un rato haciendo averiguaciones.

Por fin regresaron al coche, rabiosos.

—¿Pakter estaba con ganas de broma? —rugió el que conducía.

Se lanzaron al interior de la ciudad. Ante el café de Giorgio, situado en una callejuela, se detuvieron. Dos quedaron en el coche mientras uno entraba a telefonear.

—¡Nada saben del tipo de las tres piscinas! —comunicó, irritado, tan pronto Pakter se puso al aparato.

Este acababa de llegar a la villa de Chet. Aún no había tenido tiempo de hablar con el jefe. Chet se encontraba encerrado en su habitación favorita, situada en el piso alto, que disponía de grandes ventanales. Desde allí observaba con unos prismáticos el jardín de la villa ocupada por Denise.

A Chet Colby le gustaba el peligro. Era su droga. Estaba avezado a sortear toda clase de trampas. A la situación en que se encontraba no le concedía una gran importancia.

Estaba seguro de que, como tantas otras veces, el peligro se desvanecería. Nunca podían probarle nada.

Ahora lo que le obsesionaba era Denise. Deseaba volverla a ver cómo horas antes, de pie en el peñasco. Parecía cegado por su belleza.

No se explicaba que aquel prodigio pudiese ser la misma muchacha flacucha que es un tiempo estuvo acechándolo con sus ojos pardos, rogándole una caricia. Chet nunca tuvo tiempo de tratar de comprenderla. De pronto la muchacha desapareció de su área. Cuando preguntó por ella a su hermano, este se limitó a hacer un gesto despectivo. Y ya no volvió a verla, hasta aquella mañana en que irrumpió del mar, casi desnuda, convertida en una venus dorada.

—¡Jefe!... ¿Dónde está Sanger? —preguntó Pakter, entrando en la habitación sin llamar.

Precisamente por esto, por la forma con que Pakter se atrevía a aparecer ante él, Chet se impresionó.

—¿Sanger?

—¿Usted no lo ha mandado a ningún sitio?… ¡Se marchó con el coche poco después de que saliera yo!… ¡Y me ha dado una dirección falsa…!

Explicó lo ocurrido en la hostería. La reacción de Chet fue dar un salto y acercarse de nuevo al ventanal donde antes estuvo observando.

—¡Estúpidos! ¿Olvidáis que estamos rodeados de policías?

Se precipitó al teléfono. Pero apenas cogió el aparato lo soltó. Y durante varios minutos estuvo paseando, como una fiera enjaulada. Poco a poco fue tranquilizándose.

Llegó incluso a sonreír. Deteniéndose de lado al ventanal, dijo:

—No hay por qué inquietarse. Sanger es muy astuto… Él sabe muy bien la importancia que tiene que Wisner desaparezca «definitivamente», y ha decidido encargarse directamente de ese trabajo.

—Pero… ¡eso es desconfiar de mí!

—Te estás volviendo viejo, Pakter. Sin darte cuenta, vas perdiendo facultades —soltó una carcajada—. ¡Cómo, unos años atrás, un toque en las mandíbulas…!

Siguió riendo, recordando el puñetazo del policía. Pakter estaba lívido.

—Hará usted mal, jefe… —empezó a responder Pakter, tras un silencio.

—¿Qué haré mal?

—Si usted piensa que ese policía es del montón. Es tan fuerte como astuto.

Chet lo enfocó desde otro ángulo. No se le iba de la imaginación el momento en que Will tuvo en sus brazos a Denise, besándola como en burla a Chet.

—¡Ese policía es un fantoche! ¡Y será el primero en ir al mar…!

Se puso a pasear, dando rápidas zancadas. Su rostro iba reflejando distintas reacciones: de odio, de demoníaca alegría, de miedo…

—¡Esta noche les prepararemos una trampa, lejos de aquí!

* * *

Cuando oscureció, Sanger volvió a la villa de Chet.

—Ya está, señor Colby —dijo, sin hacer caso de la inquisitiva mirada que le dirigían los dos, Chet y Pakter.

—Esta, ¿qué?

—Lo de Wisner. Me he buscado yo los medios. A Pakter lo seguía la policía, tal como yo supuse.

—¿Y a ti no? —preguntó Pakter, a punto de saltar sobre su rival.

—A mí, también —concedió Sanger, sonriendo—. Todo día los he llevado a la zaga. Pero los he vuelto locos, parando aquí, allá; hablando con este, con aquel… ¡Trabajo tienen si se dedican a interrogar a todos!

—¡Pero Wisner! ¡De él quiero que me hables! —le interrumpió Chet, frenético.

—Wisner… a estas horas… —levantó la mano y enseguida la bajó, haciendo como si algo cayera en barrena.

—¿Dónde estaba escondido?

—Al lado del mar. En un barrio de pescadores… A estas horas Wisner ya estará en una barca, mar adentro. Cuando estén lejos, le echarán al agua.

—¿Qué medios has empleado?

Sanger miró a Chet fijamente, sonriendo, sintiéndose Muy seguro.

—¿Qué medios? Loa que no pueden fallar… En uno de tantos sitios donde he estado, he dejado aviso para sus Muchachos, jefe. Como cosa muy «personal» de usted. Es lo que no puede fallar… Los muchachos se habrán lanzado como lobos sobre la presa. Estaban deseosos de trabajar por el patrón. Se creían olvidados…

Chet miraba atónito a Sanger.

—¿A los muchachos… has encargado?… Pero, ¿no te das cuenta?

—De todo me he dado cuenta, jefe. ¿Qué es lo que ahora importaba? Si Wisner caía en poder de la policía… ¿Piensa lo que habría ocurrido? Wisner estaba desesperado. No hubiera sido difícil hacerle hablar…

Siguió un largo silencio. La habitación estaba en penumbra. Chet, pensativo, se acercó al ventanal.

—¡Ay de ti si se produce el menor error! —exclamó.

—Eso no ocurrirá —contestó Sanger, mostrando Ta dentadura, en muda risa.

Y era verdad que los más fogueados individuos de Chet Colby, los avezados a poner en práctica los más audaces planes, los que habían contribuido a que se le aplicara a Chet el sobrenombre de «Rey del Mar», se acercaban a aquellas horas al barrio de pescadores donde se hallaba escondido Wisner.

Pero a las horas que ellos se acercaban, ya alguien les había tomado la delantera.

Todos los pasos de Pakter y de Sanger; toda la gente que estos habían movilizado, había sido meticulosamente seguida por la policía.

El barrio de pescadores estaba vigilado desde el día anterior. Allí habían visto a Sanger, pero no sabían con quién había tenido contacto.

Cuando Will tuvo noticia de todos los movimientos de los *gangsters,* comentó:

—Están levantando polvo para cegarnos.

Los que estuvieron en la hostería fueron detenidos Apretados a preguntas, hablaron del individuo que tenía que ofrecer una villa con «tres piscinas».

Más tarde las investigaciones orientaron hacía el barrio de pescadores.

—¿A quién buscarán? —preguntó el inspector Nover.

—A Wisner —contestó Will, sin vacilar—. Es el que estorba. Y vamos a hacernos son él. Es la ocasión que deseamos en el oasis.

—¿Va a ir usted mismo?

—Yo le conozco, y él a mí, no.

Pero en esas mismas condiciones se encontraban los compañeros de Will, incluso Denise.

Durante el día habían estado recorriendo en coche varios lugares, para establecer contacto con los enlaces.

Cuando el día empezaba a cerrar, Will ya tenía decidido presentarse en el barrio de pescadores, disfrazado de marinero.

Ya oscurecido, tres coches se acercaron a la playa, a corta distancia de las casas donde el día anterior estuvo Sanger.

Will y tres agentes más, vestidos de marino, saltaron a la arena y emprendieron la marcha hacia las casuchas.

Antes de llegar a ellas pasaron ante una taberna. Había mucha gente dentro.

—¡Eh, marinos! ¿No tenéis sed?

Les llamaba una mujer que acababa de aparecer en la puerta de la taberna. Llevaba un corpiño que le dejaba al descubierto los hombros. El cabello lo tenía echado sobre la cara.

Por la voz la conocieron.

Will soltó una maldición. Hacia dos horas que se había separado de Denise, confiándola al inspector Nover.

Y allí estaba, hablando un italiano de acento exageradamente francés, hecho con toda intención, pues solía hablarlo mucho mejor.

Se acercaron a ella. Dentro de la taberna se oían reces de hombre y de mujer.

—¿Estás loca? ¿Quieres echarlo todo a perder? —dijo Will, agarrándola de un brazo y obligándola a seguirle hacia un lugar oscuro.

—Dentro hay dos compañeros italianos. Saben dónde hay un hombre escondido, arriba, en las habitaciones de los huéspedes. Dentro de unos momentos le subiré la cena… Te estaba esperando, Will. Hemos convenido en que le suba yo la cena. ¿Me acompañarás?

Will habló con los compañeros y convinieron que ellos entrarían en el local, mientras Will y la muchacha entraban por la puerta posterior, la que utilizaban los huéspedes…

El dueño de la taberna estaba advertido por los dos policías italianos que se encontraban en su casa desde las primeras horas de la tarde.

No puso dificultades para que Will acompañara a la muchacha, cuando esta cogió la bandeja en que iba la cena.

Arriba, en un pasillo mal iluminado, se alineaban a ambos lados varias puertas. En una situada casi al extremo del corredor, Denise llamó, con la

punta del pie.

—La cena...

Nadie contestó dentro. No se oyó ningún ruido.

Denise volvió a llamar. Y se oyó el ruido de una silla. Después el chirrido de un pestillo. Pero al abrirse la puerta, solamente un palmo, asomó la boca de una pistola.

—¡Deje en el suelo todo y váyase!

En ese momento, Will empujó a la muchacha y enseguida, la puerta. Salió un disparo y el hombre que estaba dentro fue lanzado al fondo de la habitación.

Cuando fue a darse cuenta, ya Will se encontraba encima, agarrándolo de los brazos.

—¡Nos envía Chet, imbécil...!

Hizo efecto. El individuo cejó en toda resistencia. Momentos después se encendía la luz.

Cuando Will lo miró, soltó una carcajada. Tan sincera era su alegría, que el individuo acabó de convencerse de que se encontraba entre compañeros.

La risa de Will obedecía a la satisfacción que le producía verse ante Wisner. Un reto lanzado en el Sáhara iba a dilucidarse en los suburbios de Nápoles.

Wisner semejaba la mitad del hombre que apareció en el oasis. Sus ojos miraban espantados.

—¡Mucho ha tardado en venir a buscarme!

—Pero no podrá quejarse... Chet envió para que le sirviera la cena, a una de las muchachas más lindas —replicó Will, sin dejar de reír. Se asomó a la puerta y dijo—: Pasa...

Denise iba a hacerlo, sin necesidad de que la autorizasen, porque la impulsaba en aquel momento algo más que la curiosidad. Acababan de avisarla de algo que estaba ocurriendo abajo.

Del suelo había cogido cuanto había salido de la bandeja. Entró en la habitación y dijo:

—¡Cierra!

Dejó la bandeja sobre una mesita, la destapó y aparecieron dos metralletas. Al verlas Wisner se alarmó:

—¿Qué es esto?

Will cerró la puerta. Ya había escuchado abajo...

Fue directo adonde estaba Wisner, se quitó una cuerda que llevaba en la cintura y dijo:

—Voy a atarte para que no nos estorbes...

—¿Eh? ¿Qué significa esto?

—Significa que Chet envía a sus fieras para que te liquiden. Y nosotros vamos a jugarnos la cabeza amparándote...

—¡Mientes...!

Will subió una mano y le alcanzó en las mandíbulas. Wisner se tambaleó y cayó al suelo. Cuando se recobró, ya tenía las manos y los pies atados.

—¿Me has reconocido ya? —preguntó Will, antes de apagar la luz.

Wisner miraba a Will y a Denise. En ella se detuvo más tiempo su mirada.

—¡Tú... la muchacha que acompañaba al inspector Moynat...!

Abajo sonó una descarga de metralleta. Will apagó la luz.

En unos instantes la taberna había quedado vacía de gente que no quería jaleo. El grupo de *gangsters* ya se encontraba dentro, cuando advirtieron algo extraño y se dividieron en dos grupos.

Unos salieron para apostarse por los alrededores.

En ese momento irrumpieron faros de automóviles, enfocando todo el edificio. A un lado había una pila de sacos y algunos individuos, mientras disparaban las metralletas, intentaron atrincherarse allí.

Los faros de otro automóvil quedaron enfocando la barrera de sacos. Ese parapeto parecía un señuelo, para atraer al enemigo con la tentación de una buena defensa.

Varias sombras que hasta ese momento habían estado arrastrándose se incorporaron y empezaron a retroceder, apartándose de los haces de luz.

Más allá de la zona oscura aguardaba otro coche, con las luces apagadas y al parecer, sin nadie dentro, ni a su alrededor. Era otro señuelo.

Tres *gangsters* llegaron a situarse a dos pasos del coche. De pronto irrumpieron llamaradas por todos lados.

La batida no podía ser más completa. Dentro del local, como fuera, quedaban varios cuerpos tendidos, inmóviles.

La última embestida fue en el corredor. A la desesperada, cuatro *gangsters* habían conseguido abrirse paso para emprender la escalera y llegar a la habitación donde se encontraba Wisner. Querían cumplir la orden del jefe.

Con esto ya contaba Will. Sabía que aquellas fieras, acostumbradas a obedecer unas veces por lealtad y otras por miedo, se lanzarían maquinalmente a cumplir el último mandato.

Will los esperaba, con la puerta abierta, rodilla en tierra.

Cuando asomaron los cuatro, abrió de par en par. Los cuatro individuos quedaron una fracción de segundo, indecisos.

—¡Soltad las armas! —les conminó Will.

La respuesta fue que los cuatro dirigieran las bocas de fuego hacia la puerta. En ese momento irrumpió un chorro de fuego...

Los cuatro cayeron, formando un remolino...

Dentro, junto a Wisner, con la metralleta a punto, por si Will era

abatido, aguardaba Denise, sin respirar casi, temiendo a cada momento que Will cayera.

De repente se hizo el silencio. Will encendió la luz.

Miró a la muchacha y sonrió.

—Nos vamos, Denise… Creo que ya tenemos bastantes argumentos para dialogar con Chet —y mirando a Wisner—: Lo crea usted o no, esos venían a devorarlo.

Wisner estaba lívido. Denise le desató los pies.

—Lo que Will le dice es verdad. Están todo el día tratando de matarlo…

Wisner inclinó la cabeza y murmuró:

—Lo creo… Soy el perro sarnoso que molesta en el festín.

De pronto, ya de pie, pareció recobrar una nueva vitalidad. Mirando al techo, exclamó:

—¡El festín!… ¡Lo que les espera…!

Y soltó una carcajada tan estruendosa, que se oyó desde fuera del edificio…

Un rato después, dos coches partían. Se quedó otro, para inspeccionar el lugar y esperar los vehículos que cargarían con los muertos y los tres heridos, uno de ellos bastante grave.

⋆ ⋆ ⋆

La costumbre de Chet era, apenas llegar a la villa donde pasaba parte del verano, dar una fiesta. Y aquella noche, la segunda que pasaba en la villa, la fiesta se dio, aunque muy forzada. A última hora había decidido invitar a los incondicionales que tenía por las cercanías.

Allí estaba el matrimonio inglés, que visitó por la mañana a los «Wayman». Eran elementos que dependían de la organización de Chet.

Había otros «invitados», todos gente que vivía en el mayor lujo, todos dedicados a negocios poco claros.

La fiesta se había organizado con toda precipitación. La comida fue traída de un hotel de Nápoles. Por eso la hora de sentarse a la mesa se retrasó un poco.

En el momento en que los comensales se colocaban cada uno ante su cubierto, en la larga mesa del comedor donde ardían tres pesadas lámparas, el mayordomo anunció a Chet:

—El señor y la señora Wayman…

Chet se encontraba en la cabecera de la mesa. Todavía no se había sentado. Estaba hablando con Sanger. Detrás de Chet se encontraba Pakter.

—¿Cómo?

—El señor y la señora Wayman —repitió el que había de mayordomo.

Chet lo miró fijamente a los ojos.

—¿Pero… los de esta mañana?

El mayordomo asintió. Tras un breve silencio, Chet dijo:

—Que pasen.
Miró a Pakter y a Sanger.
—Vendrá a husmear —dijo Sanger, sin perder la calma.
—Sí —aceptó Chet. Miró a la mesa. Los cubiertos más cercanos a Chet eran los del matrimonio inglés—. ¡Levántense! ¡Sitúense allá...!
Will y Denise entraban en ese momento. Denise estaba hermosa durante la mañana, cuando apareció sobre el peñasco. Pero ahora, vestida de aquella manera, todavía resultaba más incitante, más fascinadora su hermosura.
Todos quedaron suspensos mirándola. Will, vestido da etiqueta como la mayoría de los comensales, resultaba también un tipo impresionante.
—Señor Colby... Venimos más que nada para disculparnos. Deseamos la buena vecindad...
—De acuerdo, señor Wayman. Tampoco yo estuve acertado esta mañana —y mirando a Denise—. Pido mil perdones... Ya confundí con cierta señorita que conocí hace tiempo...
Chet se prestaba a representar el papel que en un principio supusieron Will y Denise. La muchacha sonrió, irónica.
Se sentaron. A pesar de que Chet intentó que ella estuviera a su lado, Will fue el que se situó lo más cerca posible de «Sea King».
Quería que su presencia fuera algo más que un símbolo entre ella y Chet. Toda relación con el pasado, quedaba rota.
Frente a Will y a Denise estaban Pakter y Sanger.
Chet se encontraba en la cabecera. Los demás comensales hacían como que prestaban atención al cubierto, pero lo que hacían era observar a la pareja. No ignoraban que eran policías.
Mirando a lo largo de la mesa, dijo Will:
—Sentiría que por nosotros no pudiera atender a otros invitados.
—Oh. No se preocupen. Ya estamos todos —contesté Chet.
—¿Todos? Me pareció que tras del nuestro venían otros coches...
Fue como si Will diera el primer aldabonazo. Chet quedó unos instantes sin respirar, apretando las mandíbulas.
—¿Otros coches? No espero a más amigos.
—Quizá vengan más amigos —replicó Will.
Cogió un trozo de pan, estuvo unos momentos manipulando y enseguida lo dejó de cara a Chet.
—Fíjese qué entretenimiento... Pero no es tan estúpido como parece a primera vista. Fíjese —presionó en la corteza y la miga dejó asomar la punta de una bala.
Chet palideció. Enseguida se repuso, sonriendo.
—¿Qué significa...?
—Pues verá: es el principio de un invento... La idea es conseguir ocultar determinados objetos en la arena... Y por medio de ondas...

El mayordomo se acercó a Chet. Se inclinó a un oído.

—Pero, ¿quién es?

—Dice que un íntimo de la casa…

—¡Que se vaya…!

Pero el «íntimo» ya estaba en la puerta del comedor. Era Wisner.

Al verlo Will, exclamó:

—¡Adelante, señor Wisner!… Podremos continuar el diálogo que interrumpimos en el oasis —y mirando a Sanger—: ¿No crees?

Al decir esto, Will saltó sobre Chet. Lo cogió en el momento en que metía la mano bajo la mesa, para sacar el arma que tenía sujeta al tablero.

Los dos rodaron al suelo. Pakter y Sanger también había sido un arma. Pero se quedaron unos instantes sin saber a dónde tirar; si contra Will, contra la muchacha, contra Wisner… o contra ellos mismos, pues todos esos objetivos tenían en aquel instante igual interés, y el mismo odio los inspiraban.

Pareció que optaban por dispararse entre sí. Como fieras rabiosas iban a exterminarse, cuando asomaron en la puerta del comedor varios agentes.

—¡Quietos…!

Will seguía en el suelo, sujetando el brazo de Chet. Este no soltaba el arma. Salió un disparo, que rozó un costado de Will.

Por fin soltó la pistola, obligado por la llave que Will le había aplicado.

Sujetándolo contra el suelo, haciendo como que luchaba contra él, Will se inclinó a un oído de Chet.

—¡Mírala por última vez, alimaña!… ¡El lujo, incluso la vida, se han terminado para ti!… ¡Con esta droga has de ir a la silla eléctrica…!

Con ese paraíso ya inaccesible para Chet: vivir. Como fuera, pero vivir… Y eso ya no iba a ser.

Demasiados cómplices, demasiadas pruebas quedaban en poder de la policía. Ni siquiera los magnates situados en altas esferas llevando una vida de apariencia grave, iban a escapar.

Personajes de la política de tres países iban a verse afectados por las ampollas oruga que aparecieron un día en un sector de arena que señaló una cabeza de fósforo…

Cuando Chet estuvo en poder de dos agentes, Will se incorporó. En el suelo se debatían Sanger y Pakter, los dos heridos en los brazos y en el pecho, por los disparos de los agentes. Pero los dos sobrevivirían, y se sentarían en el mismo banquillo que Chet Colby, «Sea King»…

Denise acudió al lado de Will. Sabía que estaba herido. Intentó curarlo allí, pero él se opuso.

—A «nuestra» villa…

EPÍLOGO

La herida era muy superficial y no impidió que Will trajinara aquellos días con los compañeros, dando las últimas batidas. Denise permaneció en la villa, protegida por dos agentes.

Varios días más tarde la Prensa daba a grandes titulares la noticia de lo ocurrido en el desierto. Esto iba a durar varias semanas.

Durante tres días Will se vio imposibilitado a ir por la villa. Una mañana apareció allí, cuando menos podía figurárselo nadie.

—¿Y Denise?

—Bañándose —contestó Mecarocci.

Momentos después Will descendía por la escalerilla y se colocaba en el último peldaño. A la entrada de la bahía estaba Denise, sentada en el peñasco, mirando a lo lejos, en dirección a alta mar.

De pronto volvió la cabeza. Al ver a Will se puso de pie. Durante unos segundos estuvo quieta, de cara a él, brindándole toda su belleza.

Arqueó la figura y se lanzó al agua. Sumergida fue avanzando hacia donde estaba él.

Faltando unos metros sacó la cabeza y preguntó, con respiración acelerada:

—¿Por qué has tardado?

—Estaba en París. He conseguido un puesto en la Interpol. Un puesto técnico… Mi Departamento comprendí que soy un agente demasiado «gastado». Quieren que me cuide…

—¡Y debieron hacerle antes!… ¡Has jugado demasiado tiempo con la suerte…!

—También tú… puedes tener un cargo…

—¿Yo? —braceaba suavemente, para mantenerse a flote siempre a la misma distancia de los escalones.

—Sí… En la oficina de la Interpol. O en casa de tu marido… En cuanto a esta villa, existe la oportunidad de utilizarla durante todo un mes, siempre que la ocupen unos recién casados. Hablé con el verdadero Wayman, en París, y me impuso esa condición… ¿Vamos a perder la oportunidad?…

Will se quedó mirándola. Estaba preparado para el baño. Ella sonreía, al tiempo que iba echándose hacia atrás. Y empezó a alejarse, sin dejar de mirarle ni de sonreír.

Will se echó al agua. Y cuando la alcanzó, los dos quedaron sumergidos por unos momentos.

Cuando salieron a la superficie, todavía tenían las bocas unidas…

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Keith Luger

Leyenda de una mujer muerta



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

ZANE GREY

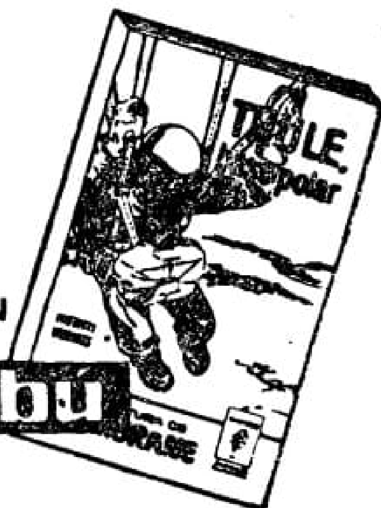

Las mejores novelas del
Oeste, también aparecerán en la
marabú
Colección
marabú

¿Quién es bob morane?



FICHA
Nombre y apellidos: BOB MORANE
Edad: Menos de 30 años.
Profesiones: Ingeniero, Aviador, Periodista, Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se lo piden).
Deportes que practica: Judo (cinturón negro), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, Aviación, Paracaidismo
Estatura: Alto.
Complexión: Atlética.
Cabello: Rubio, muy corto
Ojos: Azules acero.
Situación militar: Comandante de la R. A. F durante la guerra.

Una colección de libros de aventuras que leerá muchas veces.





COLECCION **marabu**

La radio es una distracción apasionante y una buena fuente de ingresos



TECNICA AL DIA

Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
349 -- Carlos de Santander
VENENO PARA
UN AMANTE

COLEC. "MADREPERLA"
45 — M.ª Dolores Acevedo
UNA MASCARA
DE FRIVOLIDAD

COLECCION "ROSAURA"
— Jesús Navarro
DIARIO PERDIDO

COLECCION "AMAPOLA"
46 — Matilde Redón Chirona
TIFON EN SINGAPUR

COLECCION "ALONDRA"
10 — Isabel Irigaray
RENUNCIA DESESPERADA

COLECCION "CAMELIA"
451 — Corín Tellado
AQUEL PASADO

COLECCION "CORAL"
141 — Corín Tellado
CONFLICTO SENTIMENTAL

COLECCION "CORAL"
245 — Corín Tellado
UN MARIDO PARA BERTA

COLECCION "CORAL"
11 — Corín Tellado
PRISIONERO
EN SUS REDES

COLECCION "BISONTE"
790 — John Lack
EL RANCHO
DE LOS MISTERIOS

Col. "SERVICIO SECRETO"
454 -- A. Rolcest
LA VENUS DORADA

COLECCION "BUFALO"
486 — M. Lafuente Estefanía
EL HOMBRE DE PALO

COLECCION "TEXAS"
355 -- Silver Kane
UNA MUJER DE SALOON

COLECCION "CALIFORNIA"
324 — Meadow Castle
UN VAQUERO ORIGINAL

COLECCION "COLORADO"
279 — Sam Fletcher
PLACA SIN HONRA

COLECCION "KANSAS"
245 — M. Lafuente Estefanía
UNOS MATONES
CON PLACA

Col. "HEROES DEL OESTE"
227 — M. Lafuente Estefanía
MARCADOS POR COBARDES

COL. "ASES DEL OESTE"
197 — Fidel Prado
TU GANAS, HERMANO

COLEC. "BRAVO OESTE"
109 — M. Lafuente Estefanía
EL PISTOLERO
DE LA RUTA

COLEC. "PUNTO ROJO"
43 — Clark Carrados
RETRATO EN ROJO

COL. "SELECCION S. S."
21 — Keith Luger
EL PINGÜINO ASESINO

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda., Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 25 a SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 71 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Busó - Estrella, 128 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domíngues y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Natalie Wood

En "Cenizas bajo el sol" vimos por primera vez a Natalie Wood en un papel "amoroso". Nació en San Francisco el 20 de julio de 1938. La conocimos como estrella infantil en "mañana es vivir", "Vida de mi vida", "No estoy sola" y "La estrella".





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. ✱ Impreso en España - Printed in Spain N.º 1557